6875

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

MAR Y CIELO

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

DON ANGEL GUIMERA

Y TRADUCIDA DEL CATALÁN

POR

DON ENRIQUE GASPAR

SEGUNDA EDICION

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.°

1897

16

MAR Y CIELO

MAR Y CIELO

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

DON ANGEL GUIMERA

Y TRADUCIDA DEL CATALÁN

POR

DON ENRIQUE GASPAR

Estrenada con extraordinario aplauso en el TEATRO CALVO-VICO, de Barcelona, el 26 de Julio de 1888, y en el TEATRO ESPAÑOL, de Madrid, el 20 de Noviembre de 1891.

MADRID
SUCESORES DE RODRÍGUEZ Y ODRIÓZOLA
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1897

REPARTO EN LOS DOS TEATROS

EN BARCELONA

PERSONAJES	ACTORES
BLANCA	Doña Luisa Calderón.
SÁID	Don Rafael Calvo.
CARLOS	» Donato Jiménez.
FERRÁN	» Ricardo Calvo.
JUAN	» Carlos Sánchez.
HASEN	» Antonio Perrín.
MALEK	» José Calvo.
OSMAN	» Fernando Calvo.
MAHOMET	» Pedro Moreno.
GUILLÉN	» Jaime Rivelles.
ROQUE	» Francisco Perrín.

EN MADRID

BLANCA	Doña Luisa Calderón.
SÁID	Don Ricardo Calvo.
CARLOS	» Donato Jiménez.
FERRÁN	» José Pérez.
JUAN	» Ramón Vallarino.
HASEN	» Jaime Rivelles.
MALEK	» José Calvo.
OSMAN	» Manuel Molina.
MAHOMET	» Eduardo López Chico.
GUILLÉN	» Fernando Calvo.
ROQUE	» Enrique Paradas.

Corsarios, marineros, soldados, etc.

Año 1630.—Izquierda y derecha, las del actor.

AL CONCIENZUDO Y LEAL CRÍTICO

Don Luis Alfonso.

Mi querido Luis: *Íbamos á sentarnos á la mesa, cuando te pusiste á leer los primeros versos de la incomparable tragedia* Mar y cel, *de Angel Guimerá. Aquella noche comíamos dos horas más tarde de lo ordinario, ávidos de conocer el fin.*

Pocas semanas después, te ofrecía la dedicatoria de mi traducción, débil reflejo del original, cuya oferta me complazco hoy en hacer pública, dándote así testimonio de lo mucho que te agradezco la visita que me hiciste á Olorón con tan valioso regalo, y del deseo de que la repitas, así por lo que se aprende contigo, como por la expansión que con ello procuras á la antigua amistad que nos une.

Tuyo,

Enrique.

Perpiñán, 1891.

668617

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/marycielotragedi25216guim

ACTO PRIMERO

Cámara de un bajel de corsarios argeliuos. El palo mayor atraviesa la escena. En el fondo derecha, la puerta de un camarote. A la izquierda, la escala que conduce á cubierta; por encima del último escalón se divisa el cielo entre las jarcias. En el lado derecho una gran porta, sobre la que descansa un cañón, y por la que se ve el agua y el cielo. A la izquierda, la litera del Sáid. Delante del palo mayor, entre la puerta del camarote y la de la escala, cajas y sacos; encima de ellos un farol grande apagado. Mesas y escabeles, armas suspendidas, cadenas, garfios é instrumentos de abordaje, cubren la escena. Cae la tarde.

ESCENA PRIMERA

SÁID, dormido en la litera. HASEN, de pie al lado suyo. JUAN, recostado junto á la mesa. MAHOMET, sentado en el suelo y limpiando varias armas que entrega á OSMAN para que las suspenda por las paredes y del palo mayor.

MAH. Ten, cuélgala; ya está.
(Dándole el arma que acaba de limpiar).

OSMAN. ¿Qué hay en la hoja?

MAH. (Devolviéndosela).
Sangre de la otra noche. Nada.
(Se la entrega de nuevo).

OSMAN. (Al pasar junto á Juan, que se sorprende como si lo despertara).
Quita.
MAH. Ya vendrán á limpiarla otros combates.
Sangre lava la sangre.
OSMAN. (Mirando por la porta al pasar). Por las olas
como delfines avanzamos. Fresca
sopla la brisa. ¿Sientes? Si no amáina,
posible es que en Argel nos encontremos
antes de cuatro días.
MAH. Si es que el Arraez
lo quiere así. Ten. (Dándole otra arma).
OSMAN. ¡Cómo! ¿No le basta
la presa de Mallorca? Me parece
que galeras como ella ya no hay muchas.
MAH. ¿Te cansa el trabajar? A caza doble...
¡doble parte!
HASEN. (Con mal reprimida impaciencia).
Sáid duerme; despertádmelo,
y al mar os tiro á entrambos de cabeza.
OSMAN. Baja la voz. (A Mahomet, con quien sigue hablando).
HASEN. ¡Malditos!
JUAN. (Aparte con profunda tristeza). Si como ellos
tuviera el alma yo, fuera, olvidando,
feliz también; pero ¡ay! ¿Cómo se olvida?
OSMAN. ¡Hasen!
HASEN. ¿Qué quieres?
OSMAN. ¿Y la fiebre? ¿Dura?
MAH. Y lo que aún durará.
HASEN. (Siempre desabrido). No; ya ha pasado;
pero el reposo le conviene.
OSMAN. ¿Luego
la herida?...
HASEN. Por fortuna, no fué nada.
MAH. ¿Cómo?
HASEN. (Satisfecho.) Yo estaba allí, siempre en mi sitio;
ya sabéis cuál. En el bajel, apenas
dió el cuerno la señal del abordaje,
mi hacha empuño, y le sigo como debe

seguir en el peligro el perro al amo.
De un salto aborda la enemiga nave;
yo tras él voy. Cuando de pronto un arma
le amenaza mortal; el aire corta
mi bien asido hierro; al bajar silba,
y abierta por mitad rueda en el puente,
cual rajada sandía, una cabeza.
Lo de éste fué un rasguño, hecho en el brazo
por uno que, al herir, ya estaba muerto.

OSMAN. Si viviese Ismael... ese entendía
la ciencia de curar.

HASEN. Como ninguno.

MAH. Ya sana tiburones. (Ríense).

OSMAN. Dos pedazos
hizo la bala de él.

MAH. (Riendo). Mas feo que antes
la muerte lo dejó.

OSMAN. Por Sáid lo siento.

HASEN. No hay por qué. Ya lo cura la cristiana.

MAH. Cuando manos tan finas cuidan de uno,
bien se puede estar malo.

HASEN. (Con enojo). Las mujeres
que él caza sobre el mar en su galera,
son del harem tributo, y ni las mira.

OSMAN. Dicen que iba á ser monja.

MAH. (Riendo). ¡Pues buen cambio!

OSMAN. ¡Juan!

JUAN. ¿Qué?

OSMAN. Acércate.

JUAN. No; dejadme.

OSMAN. ¡Qué hombre!

MAH. Toma. (Dando su puñal con mango en forma de cruz).

OSMAN. ¡Vaya un puñal! (Colgándole en sitio visible).

MAH. De los cristianos.
Ten cuidado con él; parado corta.
Aunque ya viejo soy, no he visto caza
como ésta desde que ando en el oficio.
Por un lado la moza, aunque no es nuestra;

luego el viejo, su padre, que el rescate
pagará bien; es rico. Añadid carga,
patrón y marineros.

OSMAN. ¿Y son muchos?

HASEN. Veintiocho ó más.

MAH. Pues quince mil doblones
se pueden dar en junto por lo bajo.

OSMAN. ¡Quince mil! Á ser míos... ¡Qué ya quince!...
¡Mil que fueran tan sólo!

MAH. Nunca estorban.

(Sáid se despierta y escucha).

OSMAN. ¿Qué harías de ellos á tu edad?

MAH. Tenerlos.

OSMAN. ¡Tenerlos! (Riendo con desprecio).

HASEN. Pues ¿y tú, qué harías?

OSMAN. Darlos.
Con mil doblones y yo en tierra, nadie
más dichoso en el mundo. En Argel vive
la mujer á quien amo; el padre es rico;
yo no. Con esa suma fuera mía.

MAH. Pues róbala.

OSMAN. ¡Jamás!

MAH. ¿Lo haces por gusto
tan sólo de robar á cada instante,
y á ella que te hace falta la respetas? (Los otros ríen).

OSMAN. ¿Qué entiendes de eso tú? Sí, me ama; pero
también ama á los suyos, y sería
partirle el corazón. Primero de otro.

SAID. ¡Osman!

OSMAN. ¡Mi amo!

SAID. En Argel los mil doblones
que ambicionas tendrás por ese anillo.
(Arrojándole uno que se habrá quitado).

OSMAN. ¡Cómo!... No puede ser. (Trata de devolvérselo).

SAID. Tómalo; es tuyo.

MAH. (¡Necio, todo lo da!)
(Murmurando con los otros).

OSMAN. (Agradecido). ¡Sáid!

SAID. Buena suerte.
HASEN. ¿Lo hace él? Bien hecho está. (A Mahomet).
SAID. ¿De otro la vieras?
OSMAN. Antes que presenciarlo, por la borda
de cabeza en el mar me arrojaría.
SAID. Bien. (Satisfecho). Salid. (A los otros). ¡Hasen! (Llamando).
HASEN. ¡Mi amo!
SAID. ¡Afuera he dicho!
(A los otros que aún no se han marchado).
Ponme bien esta venda que se afloja.
(A Hasen iracundo).
Me la atas siempre mal.
HASEN. (Los otros suben). Señor...
JUAN. (Aparte desde la mitad de la escala). (De nuevo
con mi esposa soñé. ¡Triste pasado!
¡Quién del pecho arrancármelo pudiera!)
SAID. (A Hasen que continúa vendándole).
¡Mal rayo! Quita; vete; tú no sabes.
Haz que venga al momento la cautiva.
(Hasen va en su busca y vuelve antes que los prisioneros).

ESCENA II

SÁID y HASEN; luego, BLANCA y CARLOS

SAID. ¡Si viviese Ismael!... Ya de Osman hice
todo un hombre feliz. Ahora este nudo (Impaciente).
me aprieta y me lastima. Y bien, la esclava,
¿qué hace, Hasen, que no viene? ¿Ves? La sangre
vuelve á brotar de nuevo por tu culpa.
(Con ira. Aparecen Blanca y Carlos).
HASEN. Señor...
SAID. ¡A latigazos en la espalda
te haría aprender yo! Cristiana, acércate.
HASEN. (Si otro me hablara así, lo aplastaría).
SAID. (A Blanca con aspereza).
Véndame como hiciste esta mañana.
Se ha vuelto á desatar. ¿Qué te detiene?

BLANCA. (Perdonadme, Jesús, si otra vez toco
la mano de este infiel). (Impaciente y con rudeza).
SAID. Pronto, cautiva.
CARLOS. (¡Que esto sufra!)
SAID. ¡Mas, cómo! ¿Aún con esposas?
Y su padre también. ¡Por Alá! Espera.
¿Qué te he mandado yo? (A Hasen).
HASEN. Las ligaduras
quitarles quise.
SAID. ¡Y bien!
HASEN. Malek se opuso.
Dice que él manda aquí cuando estás malo.
SAID. ¿Sí? (A Blanca). Acércate.
(A Hasen). A Malek dile que venga
pronto, ó voy yo por él. ¡Fuera estos hierros!
(Quitándole los suyos á Blanca).
¡Qué temer de un anciano y de una niña!

ESCENA III

SÁID, BLANCA y CARLOS

SAID. Ven tú; (A Carlos).
CARLOS. No; bien están.
SAID. ¿Qué dices?
BLANCA. Nada.
Yo misma acaso pueda. (Desligando á su padre).
SAID. (Pensando en Malek). (¡Me cree enfermo!)
CARLOS. (Mejor fuera morir). (A Blanca).
BLANCA. (Aparte á Carlos). (Sí; mas cual mártires
luchando por la fe).
SAID. ¡Vamos! ¡Despacha!
(A Blanca con indiferencia, tendiéndole el brazo herido).
CARLOS. (¡Y en mi presencia! ¡Ay, Dios! ¿Cómo á esta gente
no la ha tragado el mar?
BLANCA. Ya está.
SAID. Tampoco

sabes tú. ¿Y aún no viene? (Por Malek).
Pues ¿qué aguarda?
¿Ya estás contenta?

BLANCA. ¿Yo?

SAID. De verte libre.

CARLOS. ¡Libre en tu nave!

SAID. (Me impacienta el viejo,
y he de hacerme violencia). Tú, cautiva,
que no hable más.—¡Este Malek!—¿Tu nombre?

BLANCA. Blanca.

CARLOS. (No le respondas).

SAID. (Con profunda tristeza). ¿Blanca has dicho?
¡Por qué hablaste! ¡Qué golpe aquí! (Por el corazón).
¡Mi madre
se llamó así también. Por fin. (Viendo á Malek).

CARLOS. (A Blanca). (¡Qué monstruos!)

ESCENA IV

DICHOS; HASEN y MALEK

SAID. (¡Vil!) (Por Malek)

MALEK. ¿Me llamabas?

SAID. Sí; para decirte
que mientras se abran á la luz mis ojos
y tenga aliento yo, soy aquí el amo.
El que vivir permite y morir manda,
dando por ley á todos su capricho.
Mi segundo eres tú, y á ti tan sólo
te toca obedecer; y ¡ay! si replicas.
Tú, tal cual eres, donde estoy no llegas.
Yo, tal cual soy, de donde estés te saco.

MALEK. Pero libres...

HASEN. ¡Malek!

SAID. ¿Y qué me importa
de ellos á mí? Que vivan, y en la plaza
caros después se vendan; pero quiero
que cumpláis lo que mando.

MALEK. Tú no adviertes
que estás herido y te reemplazo.
SAID. (Saltando de la litera). Ayúdame,
Hasen.
HASEN. ¿A dónde vas?
SAID. (Apoyándose en Hasen). Sobre cubierta.
Este: (A Malek). tú, no.
HASEN. (¡En qué estado!...)
SAID. Mis valientes
me verán y él también. (Por Malek).
¡Por cuatro gotas
de sangre que perdí! ¿Si habrán pensado
que al delfín se le caza como al tordo?
(Andando con dificultad desaparece por la escala).
MALEK. (¡Si caes un día entre mis uñas!...)

ESCENA V

BLANCA y CARLOS

BLANCA. ¡Padre!
CARLOS. ¡Blanca!
BLANCA. Fuerza es morir.
CARLOS. ¡Venga la muerte
de mano de esta chusma, y no me importa!
Pero suicidas ser, y en el infierno...
BLANCA. No sigáis, padre. ¡Oh, Dios! ¡Qué triste suerte
la nuestra! Un sueño lo que en torno miro
me parece no más.
CARLOS. ¡Gente maldita!
BLANCA. Recuerdo, sí, que su bajel al nuestro
se acercaba. Amarillo cual la cera
vos ante mí os pusísteis. Los cañones
rodaban por el barco, y relucían
hierros por todas partes y miradas,
mientras que cada vez aquella nave
se aproximaba más.—«¿Qué quieren?...»—Grito:

—«Los corsarios.»—Responden.—«¡Los corsarios!»
Y caigo desplomada. Al recobrarme,
vi hundiéndose en el mar nuestra galera,
y hallé muerta ó cautiva á nuestra gente.

CARLOS. ¿Y mañana? ¡Qué horror!

BLANCA. ¿Por qué al mañana
teméis así?

CARLOS. De mis cadenas, hija,
me puedo libertar; tengo fortuna,
y un viejo vale poco. Mas tú, joven
y hermosa... ¡Blanca! ¡Blanca!

BLANCA. No; cautiva
no me veréis jamás; antes...

CARLOS. ¿Qué dices?
Calla, que al cielo ofendes. Tú eres buena,
y hará Dios por nosotros un milagro.
Fuera injusto el castigo. Nuestros bienes
á la Iglesia ofrecí; tú en un convento,
donde aún muy niña te llevé, has vivido.
¿Quién más pura que tú, Blanca, en el mundo?
¿Puede ser un pecado á Barcelona
llevarte á que profeses en el Carmen,
junto á mi buena hermana, la abadesa?
No; que es tu vocación.

BLANCA. ¡Oh! Sí.

CARLOS. Y aún dicen
si el rigor extremamos: ¿y en España
también nació esta gente? Si las naves,
al salir expulsados de Valencia
veinte años hace, ¡hubiéranles abierto
en alta mar á toda esta gavilla!...
Pero á Argel los llevaron, y hoy nos pagan.

BLANCA. Según eso, ¿no es crimen el matarlos
en servicio de Dios?

CARLOS. No... Cada réprobo
que exterminamos, en el infierno se hunde,
y se abre el cielo el que al morir lo mata.

BLANCA. No sé, padre, no sé; tal vez me envía

Dios esta prueba por mayor ventura.
—Muy niña, en una celda me encerrásteis,
donde el servicio santo, á pesar mío,
con infantiles juegos alternaba.
Lloré de verme sola, y en el templo
me distraje á menudo. ¡Cuántas veces
hasta vi á las muñecas juguetonas
llamarme con los ojos! Pero súbito,
la frente levantaba asustadiza,
sintiendo osuda mano en las espaldas
y del coro el susurro. En los altares
aún alguna muñeca aparecía;
pero entonces, ¡qué tristes me miraban!
Los juegos olvidé: mas vino un punto
en que algo parecido á sacudidas
de alas, el corazón se puso á darme.
En la huerta, á los pájaros el muro
saltar veía y emprender el vuelo,
y entonces preguntábame: «¿Qué puede
más allá del cercado haber, que todos
se marchan del jardín, y al irse cantan?»
Me encaramé en un tronco y... ¡Oh, Dios mío!
¡Qué placer! Descubrí del otro lado
calles y gente. Rubios como el oro
vi á dos niños jugar. ¡Qué alegres eran
sus saltos y sus risas! De un postigo
saliendo una mujer: «Hijos del alma,
que llega vuestro padre»—dijo,—á tiempo
que ya los estrechaba entre sus brazos
un hombre... así, como éstos; pero oía
sus palabras y besos amorosos,
y me puse á llorar porque él lloraba.
Esto es lo que pasó; ¡cosas de niña!
Ya más grande, del mundo en la clausura
los placeres cifré. Mas hoy pregúntome:
«¿Qué has hecho tú, infeliz, en holocausto
de tu Dios? Si tu vida consagrada
le ha sido, ¿obra no es todo de tu padre?

Vos me hicísteis cual soy. Por eso juzgo
que acaso en esta nave Dios me tiene
sometida á la prueba, y yo os prometo
digna ser de llamarme esposa suya. (Con resolución).

CARLOS. ¡Oh! Qué orgulloso estoy de haberte al mundo
robado: tú naciste para el cielo.
Nuestra suerte no más me espanta, el cáliz
apartad, ¡oh, Señor!

BLANCA. (Con entusiasmo). No de mi boca;
quiero toda la hiel, toda, apurarla.

CARLOS. No te comprendo.

BLANCA. Ni explicarlo es fácil;
no me entiendo yo misma. De su altura
me mira Dios, y basta; soy dichosa
arrostrando el peligro.

CARLOS. (Viéndolos llegar). ¡Los corsarios!
(Vase con Blanca al camarote).

ESCENA VI

HASEN y OSMAN; aquél baja, llevando una tea, con la que enciende el farol. Osman conduce á Ferrán y se marcha después. Escena oscura.

HASEN. Nada de media luz; que las mentiras
pueda leerlas Sáid en el semblante.
A ver si es el patrón corto de lengua.
(Sopla la tea y la tira al mar).
Se apagó; un poco de humo, y luego al agua.
Si se obstina en callar, mal va á pasarlo.
No se juega con Sáid. ¿Y qué? ¿No viene?

OSMAN. Ya está aquí. (Desde la mitad de la escala).

ESCENA VII

FERRÁN y HASEN

HASEN. Bien: dejadlo, y que vigilen
dos hombres esa escala.
(Vase Osman. Dos marinos se pasean por la cubierta).
FERRAN. (Muy tranquilo). ¡Qué soberbio
camarote! ¿Es de Sáid?
HASEN. Justo: del noble,
del gran Sáid.
FERRAN. Bien me gusta á mí la gente
como él. Es un valiente; yo lo afirmo.
HASEN. ¿Le tienes voluntad?
FERRAN. Tanto como eso...
Ponte en mi caso tú...
HASEN. Pero es que él hace
lo que debe. Algo peores sois vosotros;
muchos peores que él. Allá veríamos
si en su lugar te hallases...
FERRAN. ¿Y quién dice...?
Calma; te dejas ir á todo trapo.
HASEN. Si no, responde, á ver. Dueño del buque
y de la gente presa, ¿tú qué harías?
FERRAN. Yo, nada... ó casi nada.
HASEN. ¿Qué?
FERRAN. Colgarlos
por gallardete á todos de una entena,
y á tu noble patrón encima de ellos.
HASEN. ¡Hijo al fin del Mesías! (Amenazándole).
FERRAN. No preguntes.
Oye. ¿Qué vengo á hacer en esta cámara?
HASEN. Ya Sáid te lo dirá. No le respondas
sin mentir, y en las vergas, en el sitio
que tú le destinabas, te veremos.
FERRAN. No. Le puedo valer muchos zequíes
en la plaza; soy joven y con fuerza

para aplastarte á ti y á vuestra chusma.
A tu amo no.

HASEN. (Yéndose). Le pegaría.

FERRAN. Aguarda.

ESCENA VIII

FERRÁN

¡Qué genio! Se marchó. Como de molde
le viene el mote, á fe. Perro le llaman
de Sáid, y si no ladra es por milagro.
Yo que iba á preguntarle por mi prima
y por el pobre viejo. En fin, sentémonos.
¿Qué me querrá el corsario? Que interrogue;
yo hablaré ó no hablaré. Ya viene. ¡Blanca!

ESCENA IX

BLANCA y FERRÁN

BLANCA. Tu voz reconocí; no me he engañado.

FERRAN. ¿Y tu padre?

BLANCA. ¿Le aviso?

FERRAN. Luego. Dime:
¿cómo libres estáis mientras nosotros,
sin luz, atados y en montón nos vemos?

BLANCA. Está herido el patrón y á mí me obligan
á asistirle. Verás... mi padre...

FERRAN. Espera...
y escúchame, por Dios. Acaso á hablarte
voy por última vez; pronto vendidos
seremos.

BLANCA. (¡Yo, jamás!)

FERRAN. Y entonces, Blanca...

BLANCA. Todo lo puede el cielo; él nos ampare.

FERRAN. Dices bien, es verdad; pero quisiera

revelarte un secreto de otros días,
que nunca, te lo juro, de mi pecho
lo he dejado salir. ¿Te acuerdas, Blanca,
de cuando éramos niños?

BLANCA. Sí.

FERRAN. Tu madre...

BLANCA. La perdí á los tres años. Paz disfrute.

FERRAN. Te destinaba á ser esposa mía.

BLANCA. ¡Oh! ¿Qué dices, Ferrán? (Sorprendida).

FERRAN. Y yo, aunque niño,
te amaba entonces ya. Nunca mi boca
tal confesión hiciera; mas pues todo
ves que, hasta tu clausura, va á romperse,
sábelo, prima, al fin, antes que vengan
por siempre á separarnos. Tú creías,
porque aturdido y loco me encontrabas,
cuando á través de las macizas rejas
del triste locutorio nos hablábamos,
que allí vacío el corazón llevaba,
como aquellas mujeres que en el cláustro
nada en el suyo, sino á Dios tenían...

BLANCA. (Ofendida y ruborosa).
Harto has dicho, Ferrán; tristes resuenan
en el alma tus frases pecadoras.
¿Qué ves mundano en mí que así te atreves
á hablarme del amor, hijo del diablo?

FERRAN. No pecaba, y también habló de amores
tu padre con su dulce compañera.

BLANCA. No te quiero escuchar.

FERRAN. Aquí, las almas,
vienen á amar.

BLANCA. A Dios.

FERRAN. A Dios, es cierto;
pero en sus obras.

BLANCA. ¡Calla! ¡No blasfemes!

FERRAN. ¿Qué fuera si no el mundo? ¿Qué la vida?
En la sombra encerrados, ¿qué servicios
prestamos al Señor? Por todas partes

su templo se levanta. ¡Ah, prima mía!
¡Lo que eras y eres hoy! ¡Cuánto has cambiado!

BLANCA. Ferrán, es que odio al mundo, y con mirarte
peco ya.

FERRAN. Por Dios, Blanca...

BLANCA. (Sin saber qué decir). Es que los hombres...

FERRAN. Sigue.

BLANCA. Sois Satanás...

FERRAN. No.

BLANCA. Y se condena
la que os escucha.

FERRAN. ¡Cómo! ¿Quién tal dice?

BLANCA. Jesús.

FERRAN. ¿Dónde?

BLANCA. En sus libros... Venid, padre.
(Viéndole llegar).
Vos sabréis responderle; yo no acierto.

ESCENA X

BLANCA, FERRÁN y CARLOS

FERRAN. ¡Tío! (Abrazándole).

CARLOS. Ya ves, Ferrán; ya ves.

BLANCA. (Bajo el influjo de su idea). Decidle...

FERRAN. Más que mi cautiverio, lo que acabo
de escuchar me sorprende. ¿Y esta es Blanca?
¡Ella, alegre y festiva en otro tiempo,
y hoy apagada y fría como el mármol!
¡Rostro de niña y corazón de vieja!

BLANCA. No.

FERRAN. ¡Y todo por decirla que la amaba!

CARLOS. ¿Quién? ¿Tú? Primero el mar le abra la tumba,
que de otro que de Dios se llame esposa.

FERRAN. Viremos en redondo. No ignoraba
la razón de llevaros en mi nave
de Palma á Barcelona. Si cautivos

no estuviéramos hoy, Blanca en el cláustro
ya se hallara tal vez, y de mi boca
nada hubiera salido. Ahora pregunto:
Si el amor la ofendía siendo libre,
¿cómo lo llamará viéndose esclava?
(Blanca ha ido á mirar por la porta).

CARLOS. Pero dime, Ferrán. ¿No habrá algún medio de huir?

FERRAN. ¿Cómo?

CARLOS. Por Blanca.

FERRAN. ¡Con mi sangre la rescatara yo!

BLANCA. (¡Dios mío! Tuya).

FERRAN. ¡Silencio! ¡Vienen!

CARLOS. Por piedad, que ignore esa canalla vil que soy soldado.

ESCENA XI

DICHOS y JUAN. Blanca en la porta. Carlos y Ferrán hablando aparte en el lado opuesto. Juan ha bajado lentamente; se detiene en mitad de la escala, y habla desde allí creyéndose solo.

JUAN. Ya al agua van de cara hacia el Oriente.
No; no los puedo ver. Se me figura
que en el fondo del mar gritan los muertos;
y si miro, una mano por la espalda
parece que me empuja... y después otras,
y me da miedo y frío.

BLANCA. (Aterrada por lo que ve). ¡Jesús!

CARLOS. (Yendo hacia la porta). ¡Hija!

JUAN. ¿Quién habla aquí? ¿Quién? (Aparte con espanto).

FERRAN. (Yendo á su lado). ¡Blanca!

CARLOS. ¿Qué es?

BLANCA. ¡Un hombre que echan al mar, y muchos!...

FERRAN. Gente suya;
heridos que se han muerto y los entierran.

JUAN. (También, si yo muriese, como á un hijo
de Mahoma, en el mar me arrojarían,
y en el infierno mi alma, como Judas,
que de su Dios reniega, sepultárase.
¡Soy un monstruo! ¡Qué horror! ¿Y entre esta gente
mi vida he de acabar? Porque si á España
vuelvo... y el Santo Oficio... ¡Oh!)
(Queda apoyado en la baranda, con el rostro oculto entre las manos).

FERRAN. (Separándose de la porta con Carlos). No sabía
que hubiera tantos de ellos. Por las trazas,
nos defendimos bien.

BLANCA. Todo ha acabado.
Ni rastro ya, ni espuma.

CARLOS. ¡El agua en fuego
se les vuelva!

FERRAN. ¡Que el cielo les perdone!

JUAN. ¿Quién de cielo y perdón habla aquí?
(Bajando despavorido al medio de la escena).

FERRAN. Acércate.
Es el contramaestre.

JUAN. (¡Los cristianos!)

CARLOS. No le interrogues.

FERRAN. ¿Qué perdemos? Oye.

JUAN. (¿Si me reconocieran?... No es posible.
¡Hace ya tantos años!) (Dudando en acercarse).

FERRAN. (Tocándole en el hombro). ¿Qué? ¿Te escondes?

JUAN. ¿Yo? ¿De vosotros? No. ¿Qué queréis?

CARLOS. (Con desprecio). Nada.

FERRAN. ¡Tío!

CARLOS. Es un condenado.

JUAN. (Con temor). ¡Oh! No. Yo cumplo
lo que me mandan; pero á nadie ofendo.

FERRAN. ¿Cómo te llamas? (Mirándole fijamente).

JUAN. Juan.

CARLOS. ¡Juan!

FERRAN. ¿Es costumbre
dar á los vuestros nombres de cristianos?

JUAN. No.
FERRAN. Pues entonces...
CARLOS. ¡Ah!
JUAN. (Desconcertado). Mentí.
FERRAN. ¿Serías
renegado tal vez? La cara es de eso.
(Juan ríe estúpidamente).
BLANCA. Yo no le quiero ver, padre; escondedme.
CARLOS. Sí, retírate. (Conduciéndola al camarote).
BLANCA. ¡Oh, Dios!
FERRAN. ¡Qué vil conducta!

ESCENA XII

CARLOS, FERRÁN y JUAN

JUAN. (Esforzándose por reir).
Yo nada he dicho, no; me habéis tomado
por lo que nunca fuí. Ya basta y sobra.
No soy cristiano. (Fingiendo agravio).
CARLOS. Júralo.
JUAN. Lo juro.
FERRAN. Por tu madre.
JUAN. (Con miedo). Murió... mi pobre madre.
FERRAN. Por ella, que te escucha desde el cielo.
JUAN. No... ¡jamás!... (Llorando).
CARLOS. Te has vendido.
FERRAN. ¡Desgraciado!

ESCENA XIII

SÁID, JUAN, FERRÁN, CARLOS, HASEN, MALEK, MAHOMET, OSMAN y otros corsarios, que quedan en segundo término.

JUAN. ¡Por compasión, callad! (Viendo llegar á los otros).
CARLOS. Tú no me toques,
vil renegado.
FERRAN. (Con lástima á Juan). Aparta.

JUAN. Arde mi frente.
SAID. Esta brisa del mar me da la vida. (Bajando).
JUAN. (Aparte, yéndose por la escala).
(Me conocieron... Ni á esconderme atino).
MAH. ¿A dónde va ese pájaro de noche? (Por Juan).
OSMAN. Déjalo. Ni nos vió.
FERRAN. (A Carlos, que hace ademán de desprecio á los corsarios).
¡Calma!
CARLOS. ¡La pierdo!
(Juan desaparece).

ESCENA XIV

DICHOS, menos JUAN

SAID. Que venga ese patrón.
MALEK. Míralo.
SAID. Acércate.
¿Eres tú quien mandaba la galera
que combatiendo antes de ayer cazamos?
FERRAN. Sí.
SAID. ¿Tu nombre?
FERRAN. Ferrán Marquet.
SAID. De Palma
noticias he tenido por tus pliegos.
FERRAN. ¿Los abriste?
SAID. (Tranquilamente). Una carta nos revela
que, con tributos para el rey, las islas
dejará pronto un barco, y saber quiero
el puerto de que sale. ¡Y día! ¡Y hora!
(Con excitación creciente á cada contestación negativa que le da Ferrán con la cabeza).
MALEK. ¿Le fuerzo? (Amenazando á Ferrán).
SAID. No; sepárate.
FERRAN. Repara
que si hablo no es por miedo. Bien podría
decir que nada sé; mas me repugna
mentir, y más contigo. Lo sé todo.

Ahora bien; de mi lengua nunca esperes
que á los míos los venda una palabra.

MALEK. Hablarás.

MAH. Sí; castígalo.

SAID. Dejadlo.
(Me gusta su altivez; es todo un hombre).
No ignoras mi poder. Te va la vida.
(Si es traidor á los suyos, de una entena
lo hago colgar por vil).

MALEK. ¡Pronto!

HASEN. (Los corsarios murmuran). ¿Qué aguardas?

FERRAN. Si en mi lugar te hallases, ¿hablarías?

SAID. No preguntes: te mando que respondas.

FERRAN. Eso, nunca.

SAID. ¿Y si yo, para obligarte,
te clavo por el cuerpo en una tabla?

FERRAN. Callaré. Asesinar es el oficio
de gente como tú. ¿Si pensarían
que iba yo á ser traidor?

CARLOS. Su alma no puede
comprender la virtud ni el heroísmo.

SAID. ¿Y á ti quién te pregunta? (A Carlos).
(Llamando). ¡La cristiana!
¡Que salga esa mujer! ¡Blanca! ¡Traedla!

ESCENA XV

DICHOS; BLANCA, saliendo del camarote.

SAID. No tardes cuando llamo. Anda: á ese viejo
llévatelo de aquí; si no... (Reprimiéndose).

FERRAN. (A Carlos, que va á contestar). Es inútil.

BLANCA. ¡Padre!

CARLOS. No os opongáis. Antes la muerte
que vivir á merced de esa canalla.

FERRAN. ¡Calma!

HASEN. ¿Por quién lo has dicho?

SAID. Hasen, á un lado.

(Empieza con tono despreciativo y acaba con febril exaltación).
Quiero á mis anchas ver cómo se enfosca
ese gallo sin cresta ni espolones.
Siempre de su honra hablando, y de los labios
pendiente un Dios que pisa á cada instante.
¡Miserable felón! Miradlo todos.
Es de la secta vil de los que un día,
de amor hablando hipócritas al hombre,
nos chuparon la sangre sin dejarnos
ni un lugar con las bestias en las cuadras,
y por el mundo á la ventura, errantes,
nos esparcieron—¡víboras!—negándonos
un hoyo en que morir sobre la tierra.
¡Pues por el Dios que invocan, que era nuestro
cuanto ellos nos robaron! Pero nada
puede esperarse bueno de quien tiene—
(Descolgando el puñal y señalando alternativamente la cruz y la hoja. Después lo tira).
vedlo vosotros mismos—junto al odio,
el perdón: el cordero con el tigre:
el puñal y la cruz en una pieza.
Y ahora, escuchadme bien para su oprobio.
Mi padre era morisco; á una cristiana
convertida vió, amó, se unió con ella,
su fe ocultando, y de los dos soy hijo.
Con el Niño Jesús me comparaba
mi madre; él á una hurí por su hermosura:
y al compás de sus besos, recitando
sentencias del Coran y de la Biblia,
se me enseñó á dormirme y despertarme.
Mi casa era un jardín junto á Valencia.
¡Cuánta flor! ¡Cuánto júbilo! Hasta el alma
de mis queridos padres sonreía.
Ella amaba á Jesús, y él al Profeta;
pero eran tan felices, que dijérase
que hecho habían la paz en la otra vida,
por premio á tanto amor, Cristo y Mahoma.
Mas ¡ay! la dicha en el hogar fué breve.

Aquí guardo el recuerdo. (Por el corazón).
Cierta noche,
dió él un beso á mi madre; asió con ira
su hacha, la puerta abrió y echóse fuera.
Rompió el día, y llamaron. Temerosa
mi madre, abrió.—¿Quién va?—dijo...—y se oyeron
gritos por todas partes. Luego echaron
un cuerpo á nuestros pies, y... «Mira...» oímos:
—«Tu esposo; lo han matado. Ten, entiérralo.»—
Pasaron días. Uno, bruscamente
mi madre me llamó, y—«Sáid, ya es hora»—
me dijo:—y con su llanto humedeciendo
mi cabeza infantil, me tomó en brazos.
Que me dormí recuerdo, pues tendría
yo seis años apenas. Angustiosos
lamentos despertáronme. Mi pueblo
se hallaba todo allí dentro de un barco,
y hacia el fondo la tierra se alejaba.
Los ojos me tapó mi madre; abrílos
entrada ya la noche; el mar dormía;
ahogábame el hedor de sangre, y ¡ni uno;
ni uno siquiera vi de los cautivos!
—«Los que mataron á tu padre—entonces
dijo mi madre amada,—también, viles,
de mí te privaron, hijo del alma.
Ni rastro quieren de la raza mora
que los ha enriquecido. Y si no, ¡mira
cómo en las olas se zambullen, saltan,
y henchidos del festín, con los cadáveres,
ahítos ya, los tiburones juegan!
¡Véngame si te salvas, hijo! ¡Véngame!...»
Cuando de pronto nos cercó la chusma
de cristianos; mi madre, un mortal grito
lanzó y echó á correr; pero los monstruos
la asieron del cabello... ¡Aquí su sangre (Por la cara).
me saltó, y aún me quema! Sobre el puente
desplomada cayó; de entre sus brazos
vinieron á arrancarme. En vano ella,

luchando con la muerte, me apretaba
con su mano esta mano, y repetía
clavándome las uñas:—«¡Hijo, véngame!»
(Blanca, sin darse cuenta de ello, se enternece y acaba por romper en sollozos).
Por fin la izaron dos que á carcajadas
me la echaron al mar; y como á flote
la vieran otra vez gritando:—«¡Véngame!»
de entre el agua al salir, uno asió un remo,
conque el aire cortando, la cabeza
partió á mi madre, que se hundió en la espuma.
¡Y ahí los tenéis, que con horror nos miran!
¡Y asesinos nos llaman, y ladrones,
y hienas!... ¡Ellos, no; son almas puras,
son palomas sin hiel, son tiernos niños,
todo amor, bondad, fe, virtud... ¡cristianos!

BLANCA. ¡Padre! ¡Padre! (Llorando).

CARLOS. ¡Hija!

BLANCA. ¡Oh, Dios!

CARLOS. (Indignado). ¿Qué miro? ¿Lloras?

SAID. (¿Quién llora? ¿Esta mujer? ¡Cómo! ¿Ella?)

FERRAN. ¡Blanca!

CARLOS. ¿Por lo que dijo? ¿Tú? ¿Por esta gente?

SAID. (¿Llora siendo cristiana?)

MALEK. Sáid, acuérdate
de que el patrón no ha hablado.

SAID. ¿Y qué me importa?
Basta por hoy, ya es tarde. ¡Ea! Mañana
será otro día. A ver, que se lo lleven.

HASEN. Tú, ¿qué murmuras? Que os marchéis ha dicho.
(A Malek).

MALEK. (Ya le haría yo hablar si me dejaran;
pero él no sabe). Arriba con los otros. (A Ferrán).

FERRAN. (A Carlos).
¡Calma!—Adiós, Blanca.—Hasen, adiós. ¡Que viva
el gran Sáid!

HASEN. ¡Insolente!

ESCENA XVI

SÁID, BLANCA, CARLOS y HASEN

CARLOS. (Muy severo). ¿Tú esas lágrimas
verter por tales fieras?
BLANCA. ¡Padre mío,
no me las reprochéis! Ved, ya no lloro.
(Enjugándose el llanto que aún corre á pesar suyo).
SAID. Que toquen á silencio, Hasen; ya es hora
de recoger la gente.
HASEN. Voy al punto. (Vase).

ESCENA XVII

BLANCA, CARLOS y SÁID

SAID. (Solo á un lado).
(¡Qué enigma es la mujer! ¿Pues no lloraba?)
CARLOS. ¡Quita!
(Rechazando á su hija que va á hablarle).
BLANCA. ¿Me rechazáis?
CARLOS. Tú no mereces
llamarte mi hija, no.
BLANCA. Grande es mi culpa.
Perdón vengo á pedir de mi flaqueza.
¿Yo apiadada? ¡Y por ellos! ¡Si he soñado!
Padre, ante Dios os juro que esta noche
mi falta borraré. Tengo vergüenza
de mí misma, señor.
CARLOS. ¡Blanca!
BLANCA. Del pecho
salirse quiere el corazón.
CARLOS. ¿Qué dices?
BLANCA. Mas tarde lo sabréis. (Estoy resuelta).
(Entra con su padre en el camarote).

ESCENA XVIII

SÁID; después, HASEN

(Se oye una bocina, que saca á Sáid del ensimismamiento).

SAID. ¡Bah! Dejémoslo en paz. ¿Qué estoy pensando?
Me sorprendió, porque ella no fingía;
(Acostándose en la litera).
de eso estoy muy seguro. Nunca he visto
llorar á las mujeres de ese modo.
Las otras sí, quejábanse de miedo;
pero como ésta nadie. ¿Y qué me importa?
¡Vaya! A dormir, que es tarde. ¡Hola! ¿Quién baja?

HASEN. Yo. ¿Tienes sueño?

SAID. Sí; déjame; vete.

HASEN. Ya me voy. ¿Y la herida?

SAID. Mejor; buena.

HASEN. (¡Siempre triste! Me duele...)

SAID. (Y es cristiana,
y monja ó qué sé yo... Bien, ¿y qué?)

HASEN. (Desde la porta). El viento
nos favorece, Sáid.

SAID. ¿Tú aquí? ¿No subes?

HASEN. Al momento. La luz...

SAID. (Este me quiere...)

(Hasen vuelve el farol de modo que quede á oscuras el lado de la litera).

HASEN. Has hecho enternecer á la muchacha.

SAID. ¿Yo? ¡Bah! A saber su llanto por quién era.
La mujer es así, por nada llora.
(Riendo forzadamente y corriendo las cortinas para que no le vea Hasen la cara).

HASEN. ¡Derramaba unas lágrimas!

SAID. (Abriendo precipitadamente las cortinas). ¿La viste?

HASEN. ¡Y tanto! Pero aquello era fingido.

SAID. No, no; puedo jurarlo, estoy seguro.
Lloraba, y de verdad.

HASEN. (Incrédulo.) No creo...

SAID. (Sacando el cuerpo y señalándole la escala). ¡Vete!
Cuando lo digo, es que lo sé. Te parto
la cabeza.
(Enfurecido al ver que Hasen va á insistir. Vuelve á echar las cortinas. Hasen sube la escala poco á poco).

HASEN. (¡Qué genio! ¡Es insufrible!)
Yo pago el mal humor. Sáid ni sospecha
que á todos calmo cuando de él murmuran.
(Se sienta en el último escalón).
Su perro se me llama, ¡á mucha honra!
nadie vale lo que él. Este es mi sitio.
El perro junto al amo. (Queda dormido).

ESCENA XIX

BLANCA y SAID; Blanca, muy conmovida, aparece en la puerta del camarote, y haciendo muchas pausas, va avanzando por la escena á medida que dice el monólogo.

BLANCA. ¡Yo me ahogo!
Estalla el corazón. ¿Qué ruido es ese?
El aire... Ofendí á Dios. ¿Yo enternecida
de un hijo de Mahoma? Y bien, mi culpa
lavaré: no vacilo. Cada réprobo
que uno extermina, en el infierno se hunde
y el cielo se abre el que al morir lo mata.
Dormida me creen todos y... ¡estoy loca!
Señor: Tú, que me ves desde la altura,
á tu esclava bendice. ¡Cómo tiemblo!
¡Calma!... Sí; allí le siento. ¿Y esta fiera
respira cual mi padre? Morir debe. (Tomando un puñal).
¡Monstruo! ¡Me hizo llorar!... ¡Perdón, Dios mío!
No acierto á dar un paso. ¡Anda! ¡Adelante!
¡Tú vendida en Argel cuando el convento
te llamaba! Valor. ¡Judith te inspire!
Haz como ella. ¡Adiós, padre! ¡Muere!
(Mete el brazo armado por entre las cortinas).

SAID. (Despertando y luchando con ella). ¡Infame!
¿Quién eres, traidor?
BLANCA. ¡Cielos!
SAID. ¡La cautiva!
¿Otra vez aquí tú, mujer extraña?
(De una brazada se la lleva al lado opuesto para verla á la luz del farol).
BLANCA. ¡Ah!
SAID. ¿Tanto me aborreces; tanto me odias
que mi sangre codicias? ¡Di; no tiembles!
¡Cómo te engañas! ¡Infeliz! ¿Qué precio
das á mi inútil vida, cuando piensas
que el amor y la gloria con el hálito
vas á robarme? No. Si aquí no hay nada.
No soy más que un sepulcro que, flotante
sobre el agua del mar, llevan las olas.
(Con amorosa solicitud).
¿Enojado me crees contigo, que húmeda
tienes aún de aquel llanto la mejilla?
¡Alza el puñal, no temas! ¡Aquí dentro;
(Abriéndose el traje por el pecho).
aquí debo tener eso que llaman
corazón. ¡Hiere! Clávalo lo mismo
que en tierra un escorpión.
BLANCA. (Desmayándose). ¡Ah!
SAID. (Sosteniéndola y mirándola con amor). ¡Pobre niña!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

BLANCA, CARLOS y JUAN. Un corsario. Los dos cautivos acaban de comer. El corsario recoge los platos en una canasta y se va. Blanca está junto á la porta, mirando al mar. Carlos, sentado y con la cabeza inclinada, se apoya sobre la mesa. Juan, los observa á cierta distancia. Es pleno día.

JUAN. (Tiemblo sólo al mirarlos, y tras ellos
se va mi corazón. ¡Pobres! ¡Mis penas,
desde que están cautivos, son más grandes!
Me abruma la memoria del pasado,
y siento que una fuerza irresistible
á ellos me atrae. ¡Con tanto que me execran,
y yo los salvaría si pudiese!
Pero soy renegado: soy un Judas...
sin el valor de aquél para matarme).

CARLOS. Blanca, ¿aún está ese aquí?

BLANCA. (Distraída). ¿Quién, padre mío?

CARLOS. ¡La víbora! ¡El maldito renegado!

BLANCA. Sí.

CARLOS. Ven: ¡me causa horror! (Acercándose á la porta).
JUAN. (Aparte.) (¿Será por odio?
¿Será por caridad por lo que á ellos
Sáid á servir me obliga? Pues se engaña
si es lo primero. Lo mejor del barco
les doy: pero esta vez, como las otras,
lo probaron apenas. Si esto dura
van á morirse de hambre). (Vase).
CARLOS. Ya se marchan.

ESCENA II

BLANCA y CARLOS

CARLOS. No puedo acostumbrarme: son crueles,
haciéndonos tomar el alimento
por sus manos. ¿Qué piensas, hija? ¡Blanca!
BLANCA. ¡Ah! ¿Me llamábais?
CARLOS. Sí. ¿Rezas?
BLANCA. No, padre.
Rezar no puedo: estoy febril, y á ratos
pensamientos satánicos me acuden.
Principio una plegaria y me sorprendo
pensando en... no sé qué.
CARLOS. ¡Pero qué lentas
pasan las horas! ¡Me consumo!
BLANCA. Ya hace
nueve días con hoy que aquí nos vemos.
CARLOS. Nueve años me parecen.
BLANCA. Valor, padre.
¿Por qué el rostro volvéis? ¿Os he ofendido?
CARLOS. Quejoso estoy de ti.
BLANCA. ¿Cómo?
CARLOS. A esa gente
no tratas con rigor, y hasta hay momentos
en que con ellos hablas.
BLANCA. Les respondo
si me preguntan y me alejo al punto.

CARLOS. Hasta otro es Sáid.

BLANCA. (Rápidamente y con emoción).
Pues yo no hablo con ese
infeliz.

CARLOS. No; ladrón.

BLANCA. ¡Padre!

CARLOS. ¡Asesino!

BLANCA. (Va á disculparle y baja la cabeza avergonzada).
Como queráis.

CARLOS. Hablemos de otra cosa.
Me repugna este asunto. Es tal mi enojo,
tal mi pena de verme entre sus manos,
que siento que la vida se me acaba.
Si la muerte llegase antes que en tierra
nos viéramos, ¿qué fuera de tu suerte?

BLANCA. Esa nube alejad.

CARLOS. Por si me llama
Dios á su seno, con Ferrán quisiera
poder antes hablar, para encargarle
que velara por ti.'

BLANCA. Mas... ¿cómo verle?
¡Imposible!

CARLOS. (Resuelto). Yo á Sáid no se lo pido.

BLANCA. (Aparte, con terror y vergüenza).
(¡Yo menos!) Tomad, padre, algún reposo.

CARLOS. Sí, ven. Tú rezarás junto á mi lecho.
(Vase Carlos. Blanca le acompaña hasta la puerta).

ESCENA III

BLANCA

¡Rezar! ¿Cómo? La boca con Dios habla.
Pero ¡ay! el corazón se descarría.
(Ofendida consigo propia).
Tengo piedad de ese hombre, á pesar mío.
Sí; piedad. ¡Y es horrible, porque él roba,
y mata, y todo! (Pausa). Su perdón, no obstante,

concedióme. ¿Por qué? ¿Cómo es que airado
no me mató? Para él, ¿qué hubiera sido
una víctima más? Cerré los ojos,
y luego me encontré junto á mi padre
con el puñal al lado.
(Enseñando el que lleva oculto en el pecho).
¿Ha sido un sueño?
¿Cómo este hierro me dejó? ¡Es en vano; (Pausa).
ha muerto para Dios! (Pausa). Pero ¡quién sabe!
Tal vez un día, bueno y cariñoso,
volverá el pobre á ser como antes era,
cuando en sus brazos, al amor abiertos,
lo estrechaba su madre. Aquí no me oyen.
(Bajando la voz muy conmovida).
Un germen de bondad tiene en el alma;
porque al ir yo á matarle, con dulzura
me miraron sus ojos, que los tuyos—
¡perdón, oh, buen Jesús!—me parecieron
redimiendo en la cruz al mundo todo.
(Espantada de lo que ha dicho).
¡Si en el cláustro me oyeran! ¡Tentaciones
son de Luzbel! ¡Señor: tú, que me escuchas,
ó ayúdame, ó arráncame en castigo
de cuajo el corazón y el pensamiento!

ESCENA IV

BLANCA y HASEN

HASEN. (Ap.) Me bajo por no oirle. ¡Qué hombre! ¡Vamos!
¡Reniego del instante en que le puse
voluntad! ¡Vaya un genio! ¡Está insufrible!
Si no me aparto, me hunde. A otro, la presa
le tendría contento: á él, al contrario.
Ni sabe lo que quiere. Alguna mala
yerba ha pisado. Ó se entristece, ó rabia.
(Se sienta y dice á Blanca lo que sigue, que no le atiende).

Caminamos de prisa: como nunca.
(Volviendo á la idea de Sáid).
(Me pega porque digo que es hermosa
la cautiva; después, por darle gusto,
viro en redondo, y, al oir que es fea,
por poco no me ensarta).

BLANCA. (Aparte). (Si de este hombre
pudiese yo lograr...)

HASEN. (Aparte, levantándose). Y ya murmura
de él nuestra gente. Es claro; si los trata
como si fueran bestias.

BLANCA. Perdonadme.

HASEN. ¿Qué?

(Ap.) (¡Pues lo que es hermosa, aunque me pegue!)

BLANCA. Dirigiros quisiera una pregunta. (Temerosa).

HASEN. Decid.

BLANCA. ¿Se encuentra Argel aún muy distante?

HASEN. Todavía con sol podréis las costas
distinguir hoy.

BLANCA. (Llorando de temor). ¡Dios mío!

HASEN. (Aparte). (Bueno... ¡Lágrimas!
Esto no va conmigo).

BLANCA. (Queriendo marcharse). Socorredme:
¡vos parecéis tan bueno...!

HASEN. No hay tal cosa;
ya lo veréis.

BLANCA. Salvadnos; cuando en tierra
nos hallemos...

HASEN. ¡Callad! Antes la muerte
que hacer traición á Sáid.

BLANCA. Pero...

HASEN. Cristiana,
por feroz que él se vuelva, no abandona
por nada ni por nadie el perro al amo.

BLANCA. Pues bien; rogadle al menos...

HASEN. ¡Ya! ¿Que venga?

BLANCA. Permitirle á Ferrán que con mi padre
logre hablar un momento.

HASEN. ¿Y quién se atreve
con esa comisión? Parece un gato
cuando anuncia el mal tiempo.
BLANCA. (Llorando). (Si muriera
sin decirle á Ferrán...)
HASEN. (Aparte). (¿Otra vez gime?
¡Bah! Estoy de sobra aquí).
BLANCA. Yo os lo suplico:
¡por vuestros tiernos hijos!...
HASEN. No los tengo.
BLANCA. Por vuestra madre.
HASEN. Menos: soy expósito.
(Creyendo consolarla).
Pero ¿á qué derramar inútil llanto
cuando os harán sultana? Las mujeres
que en el mar apresamos se las llevan
los corsarios al Dey: nosotros sólo
carga y hombres tenemos. Él escoge:
las que le gustan, á su harem destina,
y las que no, las vende ó las regala.
Vos sois hermosa; conque...
BLANCA. (Corriendo espantada hacia el camarote).
¡Padre! ¡Padre!

ESCENA V

HASEN y MALEK; luego, SÁID

MALEK. (Aparte).
(¿Con ella Hasen? Es claro; aquí no hay orden
ni nada).
HASEN. (Aparte, arrepentido).
(¡Qué le he dicho! ¡Soy un torpe!)
MALEK. ¡Me gusta, Hasen! ¿Ignoras que á las presas
no es permitido hablar?
HASEN. ¿También me espías?
MALEK. Si mandara yo aquí...
HASEN. Bien lo ambicionas;

pero amigo, están verdes.
(Sáid baja pensativo).

MALEK. (Conteniéndose al verle). ¡Él te salva!

SAID. Dejadme solo.

MALEK. Necesito hablarte.

SAID. Di, pues. (Mal humorado).

MALEK. Tú sabes que la gente á bordo
te quiere; que se expone en la refriega...

SAID. (Con impaciencia).
Al asunto, Malek.

MALEK. Hoy nueve días
hace que de su arrojo y su bravura
pudiste ser testigo.

SAID. Pronto, acaba.

MALEK. (Con fiereza).
Pues bien; todos te piden que la vida
de ese patrón al punto les entregues.
Los insulta, á los suyos excitando,
y no há mucho que á mí, cuando los hierros
traté de repasarle, ensangrentada
la cara me dejó de un golpe.

HASEN. (Aparte). (Fuerte).

MALEK. Beber quiero su sangre.

SAID. (Con fingida calma). ¿Tú deseas
matarle?

MALEK. Sí. ¡En el pecho quiero hundirle
mi puñal: hoja, pomo, y aun la mano!

SAID. Bien está; mas presumo que con grillos
querrás que te lo entregue, y todavía
harás que te lo tengan por delante
dos de los tuyos... ¡Miserable! Aparta.
Cuando el valor conozcas, vuelve, y libre
dejártelo prometo, pero armado
también, y si te vence, no me llames,
que no te he de ayudar. ¡Canalla! ¡Largo!

HASEN. (Aparte).
(¡Qué temple el suyo!)

SAID. Espera. Antes devuélveme

las llaves de los presos.

MALEK. ¿Qué?

SAID. ¡En seguida!

MALEK. Pero...

SAID. ¡Las llaves dije!

MALEK. (Dándoselas). Toma.

SAID. Á bordo
ya no eres mi segundo.

MALEK. Me nombraste
tú mismo.

SAID. Pues yo mismo te separo.

MALEK. ¡Sáid!...

SAID. (Llamándole, sin hacer caso del otro).
¡Hasen!

MALEK. (Aparte). (La vida ha de costarte
tamaña afrenta).

SAID. (Yéndose por la escala). Y ¡ay de ti si tocas
á un cabello no más de los cristianos!

MALEK. (Replicando desde arriba).
Es que tú...

SAID. (Yendo á acometerle). ¡Ira de Alá!
(Malek huye).

HASEN. Déjalo y cálmate.

ESCENA VI

SÁID y HASEN

SAID. Di, Hasen, ¿en qué se ocupan... los cautivos?
(Fingiendo indiferencia).

HASEN. ¿Los marineros? Recostados duermen.

SAID. Esos, no; los... demás.

HASEN. ¿El patrón? Pega.

SAID. ¡Márchate! (Con mal humor).

HASEN. ¿Los de allí? (Señalando al camarote).

SAID. (Vivamente). Sí.
(Volviéndose de espaldas para que Hasen no sorprenda su interés por ellos).

HASEN. Te aborrecen.

(Sáid da una sacudida al oirle y vuelve á hundirse en el abatimiento).

Ella hace poco que de ti me hablaba.
Pide un favor.

SAID. (Con amargura contenida).
¿De mí? No; te equivocas.
De mí no quiere nada esa cautiva. (Rápidamente).
¿Por qué me huye si no? ¿Cómo es que, apenas
me ve, baja los ojos y se esconde?
(Con cólera creciente).
¿Soy una fiera yo? ¿Qué hay en mi cara
que repugne mirar? ¿Qué quiere? (Con marcado interés).

HASEN. (Riendo de la pretensión de Blanca). El viejo
quiere hablar al patrón.

SAID. ¡Pues bien, no: que ella
lo pida al Arracz!... Si me lo ruega...

HASEN. No quiere hablar contigo.

SAID. (Con cólera y calmándose en seguida).
¡Ay! ¡Si mintieses!
¿Piensas que de mí, Hasen, huye la esclava?

HASEN. Sin duda.

SAID. (Aparte). (Y con razón).
(Alto). Di á Juan que venga.

ESCENA VII

SÁID

¡No me comprendo! Hay veces que daría
por verme en tierra mi bajel, y en otras
quisiera que la costa se alejara
siempre enfrente de mí sin llegar nunca.
¿Quién me ha cambiado el sér? Y todo viene
desde el instante en que matarme quiso.
¿Cómo se explica mi perdón? Hoy siento
no haberla aniquilado, para roto
ver el hechizo en que me tiene envuelto

esa mujer fatal, que no está hecha
como lo están las otras. Su perfume
no es sólo aroma, es algo que embriaga
y hace llorar por dentro y calofría. (Pausa).
¡Bah! ¡Que vaya al harem! Después de todo,
precipitado anduve en devolvérsela
tan deprisa á su padre. Pude entonces...
¡qué placer! cuando nadie me veía,
y ella allí, con los párpados caídos,
exánime se hallaba, su cabeza
con mis manos coger, y contemplarla
de hito en hito á sabor, á flor de labio,
sin respirar siquiera, y conteniendo
las bruscas sacudidas de los músculos;
y al sentirme morir, su rostro frío
poner encima de mi cara ardiente:
comprimirla en mi pecho, y marchitándola
con mis manos de acero como á un lirio,
ahogarla á besos hasta hacerla mía
con instintos de fiera y de salvaje.
¡A tenerla ahora aquí como esa noche!...
(Cambiando la fiereza en dulzura).
Si la tuviera aquí... lo mismo haría:
llevársela á su padre como un niño
sin mirarla tan sólo. ¡Qué vergüenza!

ESCENA VIII

SÁID, JUAN y HASEN

JUAN. (A Hasen).
Pero, en fin, ¿qué me quieres?
HASEN. (A Juan). Él te llama.
JUAN. ¿Qué ordenas, Sáid?
SÁID. Desde hoy, Juan, en el puesto
de Malek te coloco. Mi segundo
quedas nombrado.
JUAN. (¡Qué oigo!)

SAID. Como bestias
á los cautivos trata. Ten las llaves, (Dándoselas).
y permite al patrón que hasta aquí llegue
y hable con... esos dos. Hasen, tú, sígueme,
que quiero á los de arriba dar la nueva. (Vanse).

HASEN. (Ap.) (No lo apruebo: esta vez se extralimita.
¿Qué es él? Un renegado). (Sigue á Sáid).

ESCENA IX

JUAN

¿Yo del barco
casi Arraez? Como el rasgar de un hierro
aquí dentro he sentido. ¡Qué vergüenza
si lo supiesen ellos! (Por los cristianos). Se dirían
que me pagan el odio á mis hermanos
y me cobro, Caín, antes que el alma
sepulte en el infierno. Bien tu culpa,
desgraciada mujer, en el abismo
me hundió: yo te maté cuando en los brazos
de otro impura te vi, y á Argel huyendo,
si el cadalso evité, no evité el grito
de la conciencia que me sigue siempre.
¡Si pudiera á sus ojos redimirme!
(Por los cristianos. Vase).

ESCENA X

CARLOS y BLANCA; después, FERRÁN

BLANCA. El aire aquí es más puro. Aquello es lóbrego.
Decidme, padre, por piedad.

CARLOS. ¿Qué?

BLANCA. ¿El alma
nos ve Dios?

CARLOS. ¡Qué pregunta!

BLANCA. ¿Él sabe todo

lo que se oculta en ella?

CARLOS. Sí.

BLANCA. ¿Y pecamos
si en nuestro seno brota y aun se arraiga
un pensamiento extraño que avergüenza,
deleitando á la vez?

CARLOS. (Espantado). ¡Hija! ¿Qué es esto?

BLANCA. (Con ansiedad).
¿Pero pecamos?

CARLOS. (Con horror). ¡Oh!

BLANCA. (Aparte). (¿Qué he dicho?)

FERRAN. (A Juan, que se va sin bajar después de acompañarle).
Gracias.

CARLOS. ¡Habla: explícate al fin!

FERRAN. (Que no lleva ya esposas). ¡Buen tío! ¡Prima!

BLANCA. ¡Ferrán!

CARLOS. ¡Cómo! ¡Él! Abrázame.

FERRAN. (Abrazándole). Así: fuerte.
¿Y tú, Blanca? (Esta le da la mano).

CARLOS. ¿Llegar hasta nosotros
te dejan?

FERRAN. Ya lo veis: por corto plazo.

CARLOS. ¿Y cómo ha sido?

FERRAN. El Arraez lo ordena.

CARLOS. ¡Él? (Interrogándola con sorpresa).
¿Blanca?...

BLANCA. Yo, señor, no lo he pedido.

FERRAN. ¿Qué temer?...

BLANCA. (Aparte). (¡Consintió! ¡Me ruboriza!)

CARLOS. Dime: los marineros y soldados,
¿qué hacen?

FERRAN. ¿Qué han de hacer? Pues consumirse.
Pero dejadme andar, aquí hay terreno.
Treinta en montón estamos allá arriba.
Las fuerzas ya se agotan, no el espíritu;
y á poder...

CARLOS. No, Ferrán; todo es en vano.
No acabará la tarde sin que estemos

en Argel. Por mi Blanca lo deploro;
por mí venga la muerte cuando quiera.

ESCENA XI

DICHOS; SÁID, que baja sin ser visto y se para escuchando al pie de la escala.

BLANCA. ¿Me abandonas? ¡Dios mío!
FERRAN. ¡Valor, Blanca!
La hora tal vez más triste de tu vida
va á sonar; pero yo, por defenderte,
la sangre de mis venas dar te juro.
CARLOS. ¿Son de roca estos hombres?
BLANCA. (A Ferrán). De ti quiero
lograr una merced; si me la otorgas,
hasta seré feliz.
FERRAN. (Sáid escucha inquieto). Di,
BLANCA. Cuando en tierra
nos encontremos, me pondré á tu lado.
Tú, este puñal que oculto, me arrebatas
y sin piedad sepúltalo en mi pecho.
CARLOS. (Horrorizado).
¡No!
FERRAN. ¡Blanca!
BLANCA. ¿Entonces preferís que viva
revolcada en el fango?
FERRAN. Pero...
BLANCA. ¡Padre!
CARLOS. ¡Qué tormento!
BLANCA. Mandad, á vos os toca
decir qué debo hacer. ¿Queréis que vaya
sonriente al harem, y que mi cuerpo
manchen las joyas? ¿Que con estos brazos
que á Jesús amorosos se entreabrían...?
CARLOS. ¡Calla!
BLANCA. ¿En el cláustro me eduqué, y mi cuna
meció mi madre para á tales monstruos

entregarme después? ¡Soy sangre vuestra!

CARLOS. ¡Hija del corazón, me estás matando!

(Se cubre la cara con las manos y se va á un lado de la escena).

FERRAN. Blanca...

BLANCA. No he de callar; que hable y decida.

FERRAN. Óyeme. (La lleva, sin saberlo, cerca de donde está Sáid).

BLANCA. ¿A ser mi esposo desde niño
te destinó mi madre? (Con desesperación).

FERRAN. Sí.

SAID. (Aparte). (¿Qué dice?)

BLANCA. ¿Y esta mujer no impides que se aleje
de ti llorando sangre? ¿Entre sus uñas,
como una fiera, me verás luchando,
y, rescatado tú, dejarás que ella
sucumba á la vergüenza y al oprobio?

FERRAN. ¡Por compasión!

BLANCA. ¡Cobarde! ¿Qué es la muerte?

FERRAN. ¡Blanca, no puede ser! No tengo fuerzas
contra ti.

BLANCA. ¿Y tú me amabas?

FERRAN. Sí.

SAID. (Reprimiendo su ira). ¡Ya basta!
Vuélvete al camarote de los presos. (A Ferrán).

FERRAN. (Aparta á Blanca y Carlos. Los tres se agrupan para despedirse).
¡El Arraez!

SAID. (Aparte, ferozmente conmovido).
¡Se amaban! Si aquí ahora
la pólvora tuviese, eran cenizas
ella y él, y yo y todos. ¡Quiero sangre!
(Revolcándose por la litera).
¡Qué rabia! Aquí en el pecho y en las sienes
parece que me dan de martillazos.

FERRAN. (A Blanca y Carlos).
¡Pero, mirad! ¿Qué tiene?

BLANCA. (Espantada). Ved su cara.

SAID. (Aparte.) (¿Si fuese un error mío? Acaso... Que hable.
Quiero saberlo, y hablará. Sí). (Alto á Ferrán).
Escucha.

BLANCA. ¡Ah!

FERRAN. ¡Sáid!

SAID. A esta mujer, ahora en voz baja,
¿qué le estabas diciendo? Ten cuidado
con mentir; la verdad, ¿qué le decías?
(Con rabia oprimida á través de su tono suplicante).

FERRAN. ¿Tú pretendes?...

CARLOS. (Aparte). (No entiendo...)

SAID. ¡Pronto!

FERRAN. (Con dignidad, separándose de él). ¡Nunca!

BLANCA. ¡Señor!... (Rogando á Sáid).

SAID. (A Blanca). ¿Tú le defiendes? ¿Tú, que osada,
ni sé qué haces aquí, ni quién te envía?
¿Tú la causa de todo?

BLANCA. ¡Padre! ¡Padre!
(Blanca huye llorando. Sáid la sigue con la mirada, como presa de un hechizo).

FERRAN. (Aparte á Carlos, conteniéndole).
(¡Por Dios!)

SAID. (Que ha ido acercándose á Blanca).
No me huyas: de tu boca quiero
la verdad.
(Blanca se vuelve de repente, mirándole extrañada).
(Aparte). (¡Soy un vil! ¡Me mira! ¡Infame!
¡Debo causarla horror!)

BLANCA. (A Ferrán, que va á hablar). ¡Oh! ¡No le excites!
Ni una palabra más, te lo suplico.

SAID. (Ap.) (Calma. Sí... Pero juntos no los quiero).
(Alto y con fingida serenidad).
¡Basta ya! Tú, patrón, vuelve á la cámara.

BLANCA. (Aparte á Ferrán).
(No le respondas mal).

FERRAN. Voy al instante.

CARLOS. (Aparte á Ferrán).
(Protégela si muero).

FERRAN. (¡Con mi vida!)

SAID. (Aparte por su corazón).
(¡Calma!)

FERRAN. ¡Blanca!

BLANCA. (Aparte á Ferrán sin que lo oigan los otros).
Ferrán, júrame que antes
de verme envilecida entre esos hombres...

FERRAN. ¡Por Dios!
(Sáid deja notar su cólera por no poder oir lo que hablan).

BLANCA. Me matarás.

FERRAN. Lo juro.

BLANCA. ¡Ah! Gracias.
(Besándole la mano. Sáid ahoga un grito).
Ten.

FERRAN. ¡Adiós!

SAID. ¡No; ahora no!

FERRAN. ¿Qué?

SAID. Yo la he visto
besar tu mano vil.

FERRAN. ¿Y qué te importa?

SAID. ¿Lo que me importa á mí? ¡Sér miserable,
que vives porque quiero!...

BLANCA. (Conteniendo á Carlos). ¡Padre!

CARLOS. (Queriendo desasirse). ¡Aparta!

SAID. ¿Lo que me importa? ¿Y qué sé yo? Deseo
tu muerte, porque te odio.

FERRAN. (Aparte). Pierde el juicio.

SAID. (Por la mano de Ferrán).
La huella de sus labios, tiburones
te borrarán de aquí: que he de ponerte
por cebo en un arpón para en el agua
ver remover tu mano en la agonía.
Dile adiós otra vez: cae en sus brazos
pecho con pecho, boca sobre boca,
suspiro entre suspiro; que ansío veros,
y gozar y reir. ¡Pronto, que aguardo!
(Riendo estrepitosamente como un loco).

FERRAN. ¡Loco está!

BLANCA. ¡Jesús mío! ¿Qué le pasa?

SAID. Se aman los dos, protejo sus amores
y, amo del lupanar, los emparejo.

FERRAN. ¡Basta!
BLANCA. ¿Qué?
CARLOS. (Rechazando á Blanca, que le contiene).
¡Oh! ¡No!
SAID. (Riendo siempre). ¡Pagad la tercería!
CARLOS. El pensamiento mío se conturba.
FERRAN. ¡Vil! ¡Malvado!
SAID. Así, insúltame: ¡me agrada!
FERRAN. ¡La horca mereces tú!
SAID. ¡Sigue, anda, sigue!...
CARLOS. ¡Monstruo, mátanos ya!
FERRAN. Creí que un rastro
de virtud aún tendrías en el alma;
pero...
SAID. Nada hay en mí.
FERRAN. ¿No he de quererla,
cuando la miro al borde del sepulcro?
SAID. ¿La amas?
FERRAN. Sí.
BLANCA. ¡Oh!
SAID. ¡Qué placer!
CARLOS. (Con explosión de odio y de desprecio).
¿Aún á su madre
quiere hacer respetar? ¡Sólo rameras
dan hijos como tú!
SAID. (Con un grito supremo). ¿Qué? ¡Aquí mi gente!
(Llamando á los suyos desde el pie de la escala. Los cautivos huyen espantados y se refugian en un extremo).

ESCENA XII

SÁID, BLANCA, FERRÁN, CARLOS, MALEK, JUAN, HASEN, OSMAN, MAHOMET y otros piratas. Al grito de Sáid se presentan precipitadamente, invadiendo la escena.

SAID. ¡Abajo todo el mundo! ¡Dejad velas
y timón: venid todos!... ¡Pronto! Vedlos;
con las vuestras frotad sus vestiduras;

cristianos son; olfatead su carne.
¡Los verdugos que un día nuestra raza
diezmaron, mirad hoy cómo nos odian,
nos insultan, nos befan, y rabiosos,
con su baba apestosa nos escupen!

MALEK. Véngate, pues, en ellos. Yo la vida
te pido del patrón.

MAH. De ambos.

JUAN. (Aconsejando la prudencia á Sáid). ¡Detente!

BLANCA. ¡Padre!

SAID. ¿Perros nos llaman? Pues tratémosles
como perros de presa.

JUAN. (Tratando de persuadir á los piratas).
Ved el oro
que nos pueden valer.

SAID. Ya te oigo, madre,
dentro del corazón.

MALEK. }
CORSAR. } ¡Mueran!

JUAN. (A Sáid). Decide.

SAID. ¿De esta gente?

BLANCA. ¡Piedad!

SAID. Tomadlos.

JUAN. (Con energía, deteniendo á los piratas). Sólo
me basto yo.

SAID. No hay rejas: son ya vuestros.

(Algunos piratas se ponen de parte de Juan. Todos rodean á Carlos y á Ferrán, y se los llevan rápidamente escala arriba entre gritos y confusión).

BLANCA. ¡Ah!

OSMAN. ¡Mueran!

JUAN. (Luchando). Respetadme.

CARLOS. ¡Hija!

BLANCA. ¡No!

FERRAN. ¡Fieras!

JUAN. (Desde lo alto de la escala).
¡A mí!

BLANCA. ¡Padre!

SAID. ¡Hasta el alma me han herido!

(Todos desaparecen arremolinados)

ESCENA XIII

SÁID y BLANCA

BLANCA. ¡Piedad! ¡Perdón para ellos!

SAID. (Reconcentrado). «¡Hijo, véngame!»

BLANCA. ¡Clemencia!

SAID. ¡Y en el agua la arrojaron!

BLANCA. ¡Compasión!

SAID. Y uno de ellos la cabeza
le aplastó con un remo.

BLANCA. Oid mis súplicas.

SAID. Y el mar se abrió y hundióse entre las olas.

BLANCA. ¡Piedad!

SAID. «¡Véngame!»—dijo—y todavía
subió del fondo.

BLANCA. ¡Ah!

SAID. «¡Véngame!»—gritando.

BLANCA. (Desesperada. Sáid poco á poco se va fijando en ella).
Matadme á mí también. ¿Qué aguardáis? ¡Corre
sangre odiada en mis venas! Yo, yo he sido
quien saqué de su hogar á vuestra madre;
yo la víbora fuí que de sus brazos
os arrancó; su cuerpo yo á las olas
arrojé, y su cabeza con el remo
despiadada partí. ¡Matadme, monstruo!
¿No te basta? Recuerda que á tu vida
mi puñal atentó, porque sedienta
de tu sangre, la quise beber toda.
¿Me oyes? ¡Yo, una mujer! ¡Mátame, mátame!

SAID. (Apartándole los cabellos que le cubren la cara).
¡Habla! ¡No te detengas! ¡Sigue!

BLANCA. ¡Oh, cielos!

SAID. (Mirando como hechizado).
¡Qué placer escucharte! Di. No tiembles.

BLANCA. ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? Mi frente abrasa.
SAID. No te pares: ¡insúltame, maldíceme!
Tú dime lo que quieras, pero habla.
BLANCA. ¿Cómo teniendo corazón sois fiera?
(Sáid la estrecha entre sus brazos con mezcla de odio y de amor. Blanca cae abatida en un escabel).
SAID. ¿Por qué engañarme así? ¿Por qué? Responde.
Tú eres vil, y traidora, y más, porque eres
la humana encarnación de la falsía.
La vez primera que pensé en mirarte,
vi que tú, de esa raza de verdugos,
llorabas por la madre de mi vida.
Luego, débil mujer, no ya con labios
amorosos y tiernos, con la punta
de un puñal, por tu pecho bendecido,
llamaste en este pueblo que dormía.
¡Tú no me heriste, no; pero yo he muerto!...
¡Que de aquel Sáid en mí no hay ya ni sombra!
BLANCA. (Levantándose de pronto).
Y muriendo estarán...
SAID. ¡No! ¡No me pidas
piedad por ellos! Te creí tan pura
como un rayo de sol.
BLANCA. (Llorando). ¡Oh, Ferrán! ¡Padre!
SAID. ¡Llama otra vez á ese hombre aborrecido!
¡En tus brazos jamás, vivo ni muerto!
BLANCA. ¿Qué decís?
SAID. (Con extremada dulzura).
¿Por qué le amas?
BLANCA. ¡Quién! ¿Yo?
SAID. Dime:
¿qué supo hacer para que tú las puertas
del corazón le abrieses?
BLANCA. ¡Mi alma nunca
dió abrigo á tal amor!
SAID. ¿Qué?
BLANCA. ¡Yo os lo juro!
¡Salvadlos!

SAID. ¡Oh! Repítelo. ¿A ese hombre...?
BLANCA. No amé jamás.
SAID. ¿No mientes?
BLANCA. No; salvadlos.
SAID. Vuélvemelo á jurar, pero mirándome.
BLANCA. ¡Por Jesús; por un Dios que es vuestro y mío!
(Sáid hace cada vez con la cabeza un movimiento de incredulidad).
¡Por nuestras madres!
SAID. Sí.
BLANCA. Corred, que mueren.
SAID. ¿Y el beso aquél?
BLANCA. De gratitud.
SAID. ¡Oh, Blanca!...
BLANCA. Ved que tienen contados los instantes.
SAID. Voy. Que Alá te castigue si me engañas.
(Al mismo tiempo de ir á subir por la escala, baja Hasen).

ESCENA XIV

BLANCA, SÁID y HASEN

SAID. Y bien, ¿qué es de ellos?
HASEN. Viven: Juan no quiere
que los maten.
BLANCA. ¡Ah!
HASEN. En tanto que él disponga
como segundo aquí, la sangre suya
no veremos correr.
SAID. (A Blanca). ¿Lo oís?
BLANCA. ¡Oh, gracias!
Pero...
SAID. (Comprendiéndolo).
Sí. ¿Dónde están?
HASEN. ¡Toma! Encerrados:
y Juan tiene las llaves.
SAID. (A Blanca, conmovido). Idos, idos,
os lo ruego.
BLANCA. ¡Mi Dios no me abandona!

Se salvaron, y es Sáid quien con mis súplicas
se volvió compasivo y los perdona. (Vase).

ESCENA XV

SÁID y HASEN. Aquél, pensativo, no presta atención á lo que el otro le dice.

HASEN. Francamente, si el cargo no le quitas...
Ya sabes que á Malek le aprecian todos,
y murmuran, y dicen que los vendes.
Hace poco que algunos rebelarse
contra ti amenazaban. Te creen loco
ó traidor. No sé, Juan, cómo ha podido
librar á los cautivos de sus garras;
aún se están disputando por arriba,
Juan y Malek. ¿Los oyes? Sube; ¡es grave!
(Sáid parece despertar poco á poco. Su cara indica felicidad).

SAID. ¡Qué día tan hermoso! ¡Cómo encanta
contemplar hoy la luz! Hasen: ¿tu pecho
no se abre al respirar?

HASEN. (Sorprendido de lo que dice). ¡Sáid!

SAID. (Estrechándole con los brazos). Acércate,
mi perro siempre fiel; ven que te abrace.
¡Lo que debes odiarme algunas veces!

HASEN. Repara... (Por la disputa de arriba).

SAID. (Llevándolo á la porta).
¡Cuántos pájaros! Y mira,
vuelan de dos en dos.

HASEN. Eso te anuncia
que cerca de la costa nos hallamos.

SAID. ¡Cómo!... ¡No; no es posible! Aún muy lejana
debe la tierra estar; tú te equivocas.

HASEN. Ya verás de aquí á poco.

SAID. (Separándolo bruscamente del camarote de Blanca).
¿Por qué gritas?
¿También tú eres traidor? Si ella te oyese...

HASEN. Señor...

SAID. (Con entusiasmo). ¡Que vengan olas levantándose
sin tregua entre las costas y mi barco!
¡Montes de espuma dadme eternamente;
pero jamás la tierra! Hasen: ¿no gozas
más que en el odio tú? Di: ¿no has soñado
en tu vida una vez con una dicha
que, aunque no la has sentido, la comprendes?
¿Sin forma y sin color jamás has visto,
con los ojos cerrados, por la tierra,
vagar una mujer real y hermosa,
formada para ti, que es tuya, tuya,
como es tuyo tu sér, (Por el corazón). y que el tirano
de aquí dentro te exige? ¿No escuchaste
nunca, como rozando con tu oído,
su boca te decía: «Te amo, te amo;
tengo piedad de ti; nada me importa
que un mundo corrompido te aborrezca;
yo, infeliz, en tu busca, vendré un día
para no abandonarte: espera, espera?»
Di: ¿lo has soñado?

HASEN. (Estúpidamente). Sí; y al despertarme,
ni hallé mujer ni en la botella vino.
¿También tú te embriagas?

SAID. (Con tristeza y compasivo). ¡Desdichado!
¡Montón de carne por podrir!

HASEN. ¿De modo
que la sombra del sueño es la cristiana?

SAID. (¡Yo el desdichado soy!)

HASEN. (Yendo al pie de la escala). ¡Riñen, escucha!
Anda arriba ó te pierdes. (¡Lo han cambiado!
¡Este hombre no es el mismo!)
(Se oyen las voces de los que disputan).

SAID. ¡Alá me inspire!
(Vacila en subir la escala: cuando se decide á ello, ve que bajan Juan, Malek y Osman).

ESCENA XVI

DICHOS; JUAN, MALEK, OSMAN, MAHOMET y otros CORSARIOS. Bajan sólo á la escena Juan, Malek y Osman; de los demás, unos quedan en la escala y otros arriba, escuchando con interés hasta ir bajando poco á poco, cuando lo indique el diálogo.

HASEN. Ya llegan.

JUAN. (Disputando con Malek).
No los doy.

MALEK. Allá veremos.
Sáid.

SAID. Y bien; ¿qué queréis?

MALEK. Sólo la vida
de esos prisioneros. Nos los distes,
y Juan no los entrega.

SAID. (Con calma). Malek, súbete
y déjalo correr. Lo que Juan haga,
bien hecho está. ¡Y atrévete á tocarlos
ni á la ropa!...

MALEK. (Aparte á los de la escala). Bajad.

SAID. Pues de la suya
me responde tu vida.

JUAN. Yo vigilo.

HASEN. (Aparte á Sáid).
Baja la gente.

MALEK. (Aparte á los piratas).
(Es un traidor).

SAID. ¿Qué ocurre?
¿Qué venís á buscar? Sin orden mía,
¿quién pone el pie en mi cámara?

OSMAN. (Con temor, ocultándose tras los otros). Queremos...

SAID. ¿Quién eres? Rompe el círculo y acércate. (Pausa).
¿Qué esperas? ¿Qué queréis? Hablad alguno.

MALEK. (Desde el fondo de los grupos sin dejarse ver).
Que el mando á Juan le quites, y en su puesto...

SAID. Te ponga á ti, ¿verdad? ¡Á ti, que debes

ser mujer, por lo visto, pues te escondes!

OSMAN. Es renegado.

SAID. (Resuelto). Y bien; acabad.

MALEK. (Con descaro). Buscan
todos al Arraez, y ya no encuentran
á aquel jefe de banda que la nave
mandó; firme en la lucha, siempre duro
con el vencido, y con la gente á bordo
más que amo, compañero. Se le llama,
¿y quién responde en su lugar? ¡Un hombre
servidor, obediente de una esclava!

SAID. ¡Víbora! No te aplasto la cabeza
con los pies aquí mismo...

MAH. ¡Habla por todos!
Entrega la cristiana.

MALEK. De rodillas
querrá que á esa mujer la obedezcamos.

SAID. ¡Te he de matar! (Todos se interponen, conteniéndole).

JUAN. ¡No, Sáid!...

SAID. ¡Cobarde!

MALEK. (Siempre oculto). ¡Avanza!

SAID. ¡No me impidáis el paso! ¡Vil, acércate!
¡Á un lado los demás! ¡Fuera! ¡Atrás todos!
¡Ancho es el campo! ¡Ira de Alá! ¿No vienes?

MALEK. ¿Me querrías matar?

SAID. ¡Cobarde! Un arma
tengo; toma otra tú, y á luchar vamos
cuerpo á cuerpo hasta el último latido
del corazón.
(Sáid avanza y Malek retrocede. Aquél lleva el arma desnuda; éste ase el pomo del puñal, sin desenvainarlo).

MALEK. ¡Si el Arraez no fueras!...

SAID. ¿No te atreves, infame?

OSMAN. (Excitando á Malek). Anda.

MALEK. Mi muerte
quiere por darle gusto á la cautiva.

SAID. (Apartando el grupo y acometiendo á Malek).
¡Basta! ¡Vas á morir! ¡Paso! ¡Atrás!

CORS. (Gritando desde arriba). ¡Tierra!
SAID. ¡Ah! (Bajando el arma).
MALEK. ¡Tierra!
OSMAN. ¡Argel por fin!
SAID. ¡Tierra maldita!
(Amenazando con el puño cerrado la tierra que divisa por la porta).

ESCENA XVII

DICHOS y BLANCA, despavorida.

BLANCA. ¡Tierra!
MALEK. (A los suyos). ¡Estamos ya en casa! ¡Arriba! ¡Al puente!
(Los corsarios se disponen á salir).
BLANCA. (A Sáid, con terror, en voz baja).
¡Piedad! ¡Piedad!
MALEK. ¡No hay que fiarse! ¡Vedlo!
Se nos hace traición: está vendido.
(Los piratas, menos Juan y Hasen, hablan entre sí al pie de la escala, excitados por Malek).
BLANCA. (Esa costa me espanta).
SAID. (¡Qué agonía!
¿Qué hacer? ¿La he de entregar? Ningún derecho
tengo una vez en tierra).
BLANCA. ¡Oh, Dios, socorro!
MALEK. (A su gente, por Sáid).
¡Miradlo!
BLANCA. (A Sáid). ¿De la muerte nos salvásteis
para después vendernos?
SAID. (Temiendo que lo oigan). ¡Calla, calla!
BLANCA. ¡Matadnos!
SAID. (A ella). Pero, en fin, ¿qué quieres? Dilo.
BLANCA. ¡Esa tierra!... ¡Alejarnos!
HASEN. (Comprendiendo lo que intenta). Sáid...
SAID. (Aparte, resuelto). (Mi vida
voy á jugar). (Alto). Amigos, no distante
se halla un bajel cristiano. Á darle caza.

¡Camaradas, qué presa! Volved pronto
velas; mano al timón y mar adentro.

HASEN. Que te vas á perder. (Aparte á Sáid).

SAID. (Aparte á Hasen). Calla, ó te mato.

JUAN. (Si salvarlos pudiese...)

(Juan, durante esta escena, ha de estar en sitio muy visible, y notándosele que lucha con la realización de un proyecto).

SAID. Hijos, ¡arriba!

JUAN. (¡Á morir ó á salvarlos! No hay más medio).

(Sin que le vean los otros, ha recogido algunas armas y huye luego escala arriba con ellas).

SAID. Al timón y á las velas.

MALEK. Es inútil.
Nadie te ha de creer: no nos engañas.

SAID. Todos arriba. ¡Por Alá!

MALEK. ¿Tus órdenes
quieres que obedezcamos? Haz entrega
de esa cautiva y el timón volvemos.

BLANCA. ¡Ah!

MAH. Y me encargo yo de ella.

OSMAN. Ó yo.

MALEK. Responde.

SAID. Dad un paso y os parto las entrañas.

BLANCA. (A Sáid).
No; no me abandonéis.

MALEK. (A los suyos). ¡Traidor!

SAID. (¡Qué angustia!)

HASEN. (¡Yo no os dejo!)

MALEK. Arranquémosle la esclava.

SAID. ¡Atrás!

MALEK. ¡Mueran los dos!

SAID. ¡Viles!

(Al entablarse la lucha, y cuando Sáid no puede ya resistir la acometida de los corsarios, se oye el cuerno. Sorpresa de todos).

MALEK. ¿Qué es eso?

OSMAN. ¡La señal de virar!

(Algunos corsarios se van sobre cubierta).

HASEN. ¿Gobiernan?

MAH. ¡Vuelve
mar adentro el bajel!
OSMAN. (Desde la escala). ¡Arriba luchan!
¡Traición!
MALEK. (Subiendo seguido de los corsarios).
¡Todos al puente!
MAH. (Desde arriba). ¡Traición!
HASEN. (A Sáid, subiendo media escala). Mira.
SAID. (A Blanca, abstraído).
Ya dejamos la costa. ¿Qué más pides?
¿Qué más quieres de mí?
BLANCA. Gracias.
HASEN. (Aterrado, volviendo á bajar). ¡Combaten
los nuestros!
SAID. (¡Y yo aquí!)
HASEN. ¡Corre! Vendida
fué la nave por Juan, y á nuestra gente
la pasan á cuchillo los cristianos.
(Desaparece Hasen. Sáid quiere seguirle; pero Blanca le detiene, luchando con él).

ESCENA XVIII

SÁID y BLANCA. Oyese el rumor del combate hasta caer el telón.

SAID. ¡Por Alá!
BLANCA. ¡Detenéos!
SAID. No. Los míos
luchan con sus verdugos. ¡Quita! ¡Aparta!
BLANCA. No subáis.
SAID. Es mi gente.
BLANCA. ¡Atrás!
SAID. ¿Me ligas
con tus brazos, cruel?
BLANCA. ¡Piedad!
SAID. ¡No! ¡Paso!
(Luchando con ella va hasta la escala).
BLANCA. ¡Oh!

SAID. ¡Valor! ¡Ah!

(Animando á los de arriba y cayendo, arrastrado por Blanca).

BLANCA. ¡Perdón!

SAID. (Se desprende de Blanca y se levanta feroz).

¡Maldita seas!

ESCENA XIX

DICHOS; FERRÁN, CARLOS, JUAN y GUILLÉN. Soldados del rey de España y marineros catalanes. Sáid ha subido tres escalones y vuelve á bajarlos rápidamente al ver á los cristianos que llegan victoriosos.

BLANCA. ¡Ah!

CARLOS. (Desde arriba).

¡Victoria, por Dios!

FERRAN. Nuestra es la nave.

(Por Sáid).

¡Que muera!

SAID. ¡Oh! ¡Madre! ¡No! ¡Morir matando!

(Queriendo acometer á los que bajan).

BLANCA. ¡Vida por vida!

(Extendiendo los brazos delante de Sáid para defenderlo).

FERRAN. (Queriendo apartarla). ¿Tú?

CARLOS. ¡Muera!

(Yendo á herir á Sáid, seguido de los soldados, que bajan precipitadamente).

BLANCA. ¡Tocadle!

(A su padre, amenazándose á sí propia con el puñal y defendiendo á Sáid con el brazo libre. Grito de sorpresa en Ferrán y de desesperación en Carlos. Los soldados bajan las armas y retroceden. Telón rápido).

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

BLANCA, GUILLÉN y ROQUE

Aquélla recostada delante de la puerta del que hasta ahora ha sido su camarote, y en el que está encerrado Sáid. Se la ve luchar con el sueño. Guillén y Roque, sentados, conversan lejos de Blanca. Es de noche.

ROQUE. Se te hará capitán.
GUILLEN. Bien lo merezco;
pero no lo seré por eso mismo.
Quien más grita más saca. Al que, callado,
se mete en un rincón, nadie le ayuda.
ROQUE. Yo pensé...
CUILLEN. Mal pensado.
ROQUE. ¿Qué sabemos?
Ferrán te quiere bien.
GUILLEN. Pero él no manda
más que á gente de mar como vosotros:
la milicia obedece aquí á don Carlos.
ROQUE. Estamos en el agua.
GUILLEN. En mar y en tierra

representan al rey los militares,
y donde ellos están...

ROQUE. ¡Ah!

GUILLEN. Conque dime,
¿qué puedo esperar de él?

ROQUE. ¿De él?

GUILLEN. De don Carlos.
¿Contar lo que hice yo? De envidia el viejo,
si capitán me viera, se moría.

ROQUE. ¿De veras?

GUILLEN. ¿Tú no sabes, por lo visto,
lo que hice yo? Responde: ¿No lo sabes?
(Siempre con mucha vanidad).

ROQUE. Sí tal, cuando á José se lo contabas
estaba yo presente.

GUILLEN. ¡Pero... vamos!
Directamente á ti no te lo he dicho.

ROQUE. No.

GUILLEN. Pues oye.

ROQUE. ¿Otra vez? Si lo sé todo.

GUILLEN. Por mí no.

ROQUE. Dale.

GUILLEN. Siéntate y escucha.
Prepárate á admirarte. Hará tres horas
que encerrados, con grillos y cadenas,
estábamos arriba.

ROQUE. No lo olvido.

GUILLEN. Todos; hasta el patrón...

ROQUE. Justo.

GUILLEN. Y don Carlos,
que habían conducido los piratas
allí no hacía mucho. De repente
vemos que por la reja nos llovían
armas con profusión.—¿Qué es lo que ocurre?—
nos preguntamos todos.

ROQUE. Y ninguno
osó tocarlas.

GUILLEN. Hablo yo; tú escuchas.

Se abrió la puerta; Juan entró y —¡Alzaos!—
nos dijo.—«Dios permite que los ojos
pueda volver el renegado al cielo,
y os vengo á libertar; pero á la lucha
nuevamente tenéis que prepararos.»
Disputábanse aquí. Todos salimos
silenciosos y armados: yo el primero.

ROQUE. Lo que sea.

GUILLEN. ¡El primero! Qué, ¿lo dudas?

ROQUE. (En tono zumbón).
¿Dudarlo?

GUILLEN. ¿Ves, imbécil, como todo
no lo sabías tú? Y á la faena:
mano al timón y viro rumbo á España.
De pronto los corsarios, como fieras,
en tropel de aquí salen; pero verlos,
con ellos embestir y destrozarlos,
obra de un punto fué. Los perseguimos
como á ratas, y al agua de cabeza
los íbamos echando. Yo al primero
maté.

ROQUE. ¿No fué el patrón?

GUILLEN. ¿Ferrán? ¡Mentira!

ROQUE. Yo uno herí.

GUILLEN. Siete yo, y el tuyo ocho.

ROQUE. Algo hice en fin.

GUILLEN. ¡Si, como yo, no cuentas
entre muertos y heridos ocho, calla! (Levantándose).
¡Si no llego á estar yo!...

ROQUE. (Riendo). ¿Tú?

BLANCA. (Sobresaltada, se incorpora y vuelve á dejarse caer).
¡Ah, me dormía!
¡Mis ojos se cerraban! No. Despierta,
lacerando tus carnes si es preciso.

ROQUE. ¿Qué dice?

GUILLEN. Está velando el camarote
que ocupa el Arraez. De él no es posible
sacarlo: ella no quiere.

ROQUE. Es cosa rara
que le proteja así.
GUILLEN. Porque está loca.
ROQUE. ¿Loca?
GUILLEN. Ó endemoniada. ¡Quién se explica
que ella, casi una monja!...
ROQUE. ¿Sí?
GUILLEN. A un convento
dicen que la llevábamos, y ahora
mírala, sin dejar el camarote.
Antes, cuando embistieron esta cámara
nuestros hombres, conmigo á la cabeza,
prender al capitán fué nuestro intento;
pero juzga el asombro de la gente
viendo que esa mujer lo defendía.
Ninguno osó avanzar.—«Blanca—le dijo
su padre:—¡Es necesario que al momento
muera ese monstruo! ¡Aparta!»—¡Que si quieres!
Delante de él se puso y paró á todos.
ROQUE. ¡Aquí anda el diablo!
GUILLEN. Y mira, testaruda,
ahí se está sin dormir hecha una piedra.
ROQUE. ¡Sacarla de un tirón! Yo que su padre
la cojo por un brazo y á hilar lino
con una rueca. ¡A las mujeres duro!
GUILLEN. Sí; pero cuando alguno se aproxima,
saca un puñal y al pecho se lo asesta.
ROQUE. ¡Hola!
GUILLEN. Y nos han mandado que ninguno
le diga una palabra.
ROQUE. Guillén, vámonos.
Esto va á acabar mal.
GUILLEN. Pero...
ROQUE. ¡Que vengas!
(Santiguándose).
¡Jesús!
GUILLEN. ¿Qué te parece? ¿Aún te figuras
que me harán capitán?

ROQUE. ¡Mucho me temo
que dejemos la piel dentro del barco!
¡Tiene el diablo en el cuerpo! ¡Vaya! ¡Sígueme!
(Santiguándose de nuevo al ver hacer un movimiento á Blanca. Los dos desaparecen).

ESCENA II

BLANCA, soñando.

¡Oh! ¡No, padre, atrás! ¡Afuera todos!
¡Viles! ¡No le toquéis! (Despertando).
¡Jesús! ¡Qué angustia!
¡Nada! Me figuré que otra vez ellos...
¡Sola! Descanso al fin. ¿Cómo no vuelven?
¿Por qué quieren su vida los cobardes? (Con dolor).
¡Yo, una pobre mujer; yo contra todos, (En voz baja).
lo sabré defender mientras respire!
¡Que no quiero que muera: que en él hallo
lo que no vi jamás, y hacia él me lanza
no sé qué irresistible! ¡En mi memoria
retoñan, al mirarlo, los perdidos
juguetes de mi infancia; los recuerdos
más dulces; las caricias de mi madre;
los ojos de mi Dios, y al par el ansia
de abrazarle me abruma, y hay momentos
en que vida le diera con mis labios:
que él se perdió por mí! Pero... ¡estoy loca!
(Horrorizada de sí misma).
¡Ni en el cláustro por Dios me consumía
este afán que me abrasa! ¡Qué! ¿Quién llega?

ESCENA III

BLANCA y JUAN

JUAN. ¡Señora!...
BLANCA. ¿Quién?... ¡Oh, Dios!
JUAN. Yo, que le traigo
la salvación á Sáid.
BLANCA. ¡Traidor! No quiero
veros en mi presencia.
JUAN. Yo os lo imploro.
BLANCA. ¡Trascendéis á traición! ¡Idos!
JUAN. Oidme.
BLANCA. Si vendísteis á Dios y ahora vendísteis
á vuestro amo también por redimiros,
¿no os basta ya para lavar la culpa
primera tanto horror? ¿Queréis la sangre
verter aún de Sáid?
JUAN. Callad.
BLANCA. ¡Vil Judas!
JUAN. Yo le quiero salvar: dejadme verle.
BLANCA. No: ¡mi padre os envía!
JUAN. (Negando). ¡Oh, no! Os lo juro.
Pero decid, señora: fiel yo al crimen,
¿qué fuera de vosotros? Vuestro cuerpo,
despojo de la saña de esos viles,
ya estaría en el mar: y vuestro padre
y el patrón, todos muertos, ó cautivos,
si el capitán vencía á aquellas fieras,
mientras vos en Argel dábais en vano
vuestras quejas á un Dey embrutecido.
BLANCA. ¡No me lo recordéis!... ¡Callad!
JUAN. ¡Yo, necio,
que pensé, al redimiros, vuestra dicha
labrar, y de mi Dios por vuestros labios
el perdón obtener!—¡Cuando ella vuelva—
me decía yo,—al cláustro que de nuevo

logro abrirle, á Jesús, mientras aliente,
por mí le rogará, y el renegado
podrá ser aún feliz!—¡Y lo era en sueños!

BLANCA. (¿Qué hay dentro de mi sér, que sus palabras
me avergüenzan así?)

JUAN. ¿Y eso os enoja?
¡Yo que os salvaba y me salvaba á un tiempo!

BLANCA. ¡Oh! no, no: proseguid. En lo más hondo
del pecho vuestra voz se clava. ¡Ay, triste!
¡Lo que quiero no sé, ni lo que digo!

JUAN. Oidme, pues: cuando anochezca vengo,
y en un papel relato á vuestro padre
que he matado á Sáid por mi venganza,
y que harto de vivir, al mar me arrojo.
Pero no será así: mis vestiduras
cambio con él, y sobre el rostro un tiro
me pego que mi cara desfigure.
Ya ninguno le busca: está salvado:
su cuerpo creen tener, y mi cadáver
suponen en el mar. Entre las sombras
se oculta en tanto Sáid, y al tocar tierra,
que huya.

BLANCA. ¡Si alguien oyese!... ¡Confundida
de escucharos estoy!

JUAN. Es que á ese hombre
le quiero yo, señora, como á un padre.
Tiene bajo su costra de fiereza
un alma de oro.

BLANCA. ¡Qué placer oiros!

JUAN. ¡Silencio! Vienen.

ESCENA IV

BLANCA, JUAN y FERRÁN

FERRAN. ¡Blanca!

BLANCA. (Aparte, corriendo al camarote)
¡Ay de él, si intenta!...

FERRAN. Y bien... ¿qué hacéis aquí?
JUAN. Señor, trataba
de convencerla.
FERRAN. Andad. Agradecidos
á lo que hicísteis os estamos todos:
lo demás... sólo á un padre corresponde.
JUAN. Bien está. (Volveré; me va la vida). (Vase).

ESCENA V

BLANCA y FERRÁN. Aquélla junto á la puerta.

FERRAN. (¿Qué hacer por convencerla?) ¡Prima!... ¡Blanca!
(Alto). Óyeme, por piedad: ve que tu padre
va á venir otra vez.
BLANCA. (Bajando). ¡Oh, no! Suplícale,
Ferrán, que no se acerque; que no venga.
Juré morir aquí, y en ese cuarto
sólo Dios entrará mientras yo aliente.
FERRAN. Escucha.
BLANCA. Sólo Dios.
FERRAN. ¿Estás segura
de que haces lo que debes? ¿No es un rapto
de locura tal vez?
BLANCA. No: que yo adoro
como siempre á mi Dios, y por lo mismo
del poder de Satán librarle quiero.
(Con emoción intensa).
FERRAN. ¿Y los otros que han muerto? ¿Cómo explicas
tu humanidad por uno?
BLANCA. Vida y honra
le debo á Sáid, Ferrán.
FERRAN. Tú no le matas.
Harto le defendiste.
BLANCA. Te suplico
que venir á mi padre no permitas:
dile, por compasión, que no se acerque,

que me deje morir... yo te lo ruego.

FERRAN. ¿Quién te hubiera á ti dicho hace unos días:
—Un tiempo ha de venir en que la monja—
la monja, sí, pues sólo te faltaba
tomar el velo, y te encontrabas cerca.
—Un tiempo vendrá, pues, en que no á Cristo
tu vida ofrecerás, sino á Mahoma?
(Blanca se cubre el rostro y llora).

BLANCA. Ferrán, es cierto; pero no te goces
en matarme cien veces. Si tuvieras
entrañas tú, de mí te apiadarías.

FERRAN. Gran compasión me inspiras, te lo juro.

BLANCA. ¡Señor!...

FERRAN. Estás al borde de un abismo
cuyo fondo tú misma acaso ignoras.

BLANCA. Y me ahogo, es verdad, y sin embargo, (Desesperada).
de él no quiero salir.

FERRAN. (¡Oh, desgraciada!
Le ama, sí... Pero ya... ¿quién lo deshace?)
(Se queda contemplándola con lástima. Ella se dirige al camarote para seguir velando).

ESCENA VI

BLANCA, CARLOS, FERRÁN y ROQUE. Este ayuda á bajar algunos escalones á Carlos y desaparece.

ROQUE. Por aquí, señor.

CARLOS. Vete. Ahora ya puedo.
(Baja solo lentamente y muy abatido).

FERRAN. Tu padre, Blanca: mira. (A ella).

BLANCA. No, dejadme.

FERRAN. Si eso no puede ser.

BLANCA. ¡Oh!

CARLOS. (Agarrándole de un brazo). ¡Ferrán!

FERRAN. (A Carlos, prestándole apoyo). ¡Calma!

CARLOS. ¿Y mi hija, dónde está, di?

FERRAN. Serenáos

antes, buen tío.

BLANCA. (Aparte, enternecida por su padre).
(Y me aborrece... ¡Fuerzas,
fuerzas dadme, Señor! Si yo pudiese...
(Vacilando en acercarse á Carlos).
Sí: le convenceré). (Alto). ¡Padre!

CARLOS. (Abrazándola). ¡Mi Blanca!

BLANCA. ¡Padre! ¡Padre!

CARLOS. ¡Hija mía!

FERRAN. (Así, que lloren.
¡Demonio de mujer!)

CARLOS. Que yo te vea
sobre mi corazón. Me habían dicho
que tú me odiabas.

BLANCA. ¿Yo?

CARLOS. Que el alma habías
dado ya á Lucifer.

BLANCA. (Horrorizada). ¡Oh!

CARLOS. Y que la esposa
prometida á Jesús, de un miserable,
del mal ladrón retoño, la existencia
defendía. (Blanca esconde la cabeza en el pecho de Carlos).

FERRAN. (Esto marcha).

CARLOS. Ellos ignoran
que eres del cielo tú, y ansías que todos
sus enemigos mueran.

FERRAN. (No los dejo).
(Blanca se aparta resueltamente de su padre).

CARLOS. (Severo). ¡Blanca! ¡Blanca!

BLANCA. (Sin llorar). Ese quiero que se salve.

FERRAN. (A Carlos, que está á punto de estallar).
¡Por Dios!

CARLOS. ¿Es ella la que habló? ¿Es mi hija?

BLANCA. ¡Perdón para él!

CARLOS. ¡Aparta! ¡De vergüenza
no sé dónde poner los ojos! ¡Quita!
¡Nada mío eres ya!

BLANCA. ¡Señor!

FERRAN. Yo os ruego...
CARLOS. No sé por qué has nacido; más valiera
que antes de haberte dado á luz tu madre
te hubiese consumido el fuego.
BLANCA. ¡Oh!
FERRAN. ¡Basta!
CARLOS. ¡Ferrán! A esa mujer aparta á un lado
y abre aquel camarote.
BLANCA. ¡No!
CARLOS. Obedece.
BLANCA. (Corriendo á la puerta).
No pasarán.
CARLOS. ¿Qué esperas?
FERRAN. Sosegáos.
CARLOS. ¡Ferrán!
BLANCA. (Aparte á Ferrán). La vida me salvó.
FERRAN. Sí, pero...
BLANCA. Y aquí dentro una voz me dice á gritos
que no crea á mi padre. Oye tú solo:
yo no quiero morir; más si lo matan,
(Suplicante, pero resuelta).
me mato.
FERRAN. (¡Calla, calla!)
CARLOS. (Llamando desde la escala, después de agitarse por la escena).
¡Aquí mi gente!
FERRAN. (No nació para el cláustro, ya lo dije;
la oprimieron y estalla).

ESCENA VII

DICHOS; GUILLÉN y dos soldados.

GUILLEN. ¿Nos llamábais?
CARLOS. Sí.
FERRAN. (A Guillén y los soldados, sin que Carlos lo oiga).
Aguardad.
CARLOS. Acabemos.
BLANCA. (Aterrada). ¡Ah!

FERRAN. (A Carlos). Si un paso
les hacéis avanzar, á Blanca muerta
veréis á vuestras plantas. Dad las órdenes.
CARLOS. ¿Tú también contra mí? Todos el alma
corrompida tenéis. ¡Yo que á mi imagen
le formé el corazón! ¡Yo que del fango
del mundo la saqué sin que las alas
se manchase jamás! ¿En qué ofenderte
pude, mi Dios, que tanto me castigas?
FERRAN. ¿La juzgásteis ya vuestra porque el cláustro
la guardó? ¡Qué locura! Le quitásteis
el agua, no la sed; y ahora sus labios
sienten la fuente y se abren. ¡Si es la vida!
CARLOS. ¿Qué dices?
FERRAN. (Sin que lo oiga Blanca).
Para el cláustro modelada
su alma no fué, y el día en que el capullo
se trueca en flor, absorbe su perfume
la luz primera que sus hojas baña.
(Por el corazón, y sin que Blanca le oiga).
Lo vi con estos ojos que no mienten:
ama á Sáid.
CARLOS. ¿Qué? ¡Imposible!
(Cogiendo á Blanca por un brazo y trayéndola al medio de la escena).
BLANCA. ¡Oh!
FERRAN. Sí.
CARLOS. (Con enojo, haciéndola caer de rodillas). ¡Arrodíllate!
¡Júrame que tú no amas á aquel hombre!
¡Júralo! Di.
BLANCA. Yo, padre, no sé nada.
FERRAN. (¡Desdichada!)
BLANCA. ¡Perdón!
CARLOS. (Sacudiéndola el brazo convulsivamente).
¡Júralo! ¡Júralo!
BLANCA. ¿Cómo explicar, señor, lo que en mí siento,
si yo misma lo ignoro?
CARLOS. ¿Qué?

BLANCA. La celda
veo huir ante mí; querer ansío
volverla á recobrar y... no lo quiero.
Si se cierran mis ojos, veo á ese hombre;
los abro, y pienso en él, y no me espanto.
(Incorporándose en su exaltación. Carlos huye al otro extremo por no oirla).
Me digo:—Es un pecado; tú lo sabes.—
Y no obstante, una voz que mi sér llena
para dejarse oir, se alza gritando:
—No hay duda, es un pecado, pero peca.—
Y ni al infierno temo, pues me forjo
que cuando el cielo me abran, en mis brazos
le llevaré, apoyada su cabeza
sobre mis puros hábitos, á gritos
pidiendo su perdón al pie del trono
del que todo lo puede, y si lo niega,
me volveré con él, y de rodillas
en las puertas del cielo, hasta lograrlo,
se lo estaré pidiendo un día y otro,
y al fin me escuchará, que El no distingue:
no es sólo padre nuestro, lo es de todos.

FERRAN. (Espantado de lo que ha oído).
¡Calla, calla!

CARLOS. ¿Qué ha dicho? ¡Oh, sacrilegio!
¡Me la ha hechizado el vil! ¡Su encanto rompe,
Señor! ¡Haz tú justicia! ¡Que el castigo
venga de ti!

FERRAN. ¿Qué os proponéis?

CARLOS. Soldados;
en el nombre de Dios, mando que al punto
me abráis aquella puerta.
(Los soldados vacilan á una indicación de Ferrán).

BLANCA. ¡Ah!

CARLOS. (A Blanca). ¡Te maldigo
como muevas un pie para evitarlo!
Aquí soy yo tu rey, tu Dios, tu padre.
¡Avanzad!

BLANCA. (Poniéndose delante de la puerta con los brazos extendidos).
¡No!
CARLOS. ¡Avanzad! (Los soldados se disponen).
BLANCA. ¡Sobre mi cuerpo!
(En el momento en que los soldados van á ejecutar la orden, la puerta se abre dando paso á Sáid).

ESCENA VIII

DICHOS y SÁID. Este, sereno; Guillén y los soldados se apartan á instigación de Ferrán, que los vigila durante el curso de la escena.

SAID. ¡Detenéos!
BLANCA. ¡Ah!
CARLOS. (Al cielo). ¡Gracias!
FERRAN. (Aparte á Guillén). (Tú, obedéceme
y serás capitán).
GUILLEN. Corriente.
FERRAN. (A un lado.
No te muevas si yo no te lo ordeno).
(Guillén y los soldados se retiran al pie de la escala).
SAID. Esta y esta también; todas, tomadlas.
(Despojándose de sus armas, que arroja en el suelo).
CARLOS. ¡Atadle! (Los soldados miran á Ferrán y no se mueven).
FERRAN. (Aparte á Carlos).
(Ya que es nuestro, sed más cauto:
¡Blanca oculta un puñal!)
CARLOS. Haz que lo entregue.
FERRAN. No es fácil.
SAID. (Con tristeza). ¿Qué aguardáis? Ved. Ni una hoja
de acero hay sobre mí. Solo estoy, solo.
CARLOS. (Instando á que quite el arma á su hija).
¡Ferrán!
FERRAN. (A Blanca). Cede. El se entrega.
BLANCA. (Mostrando el puñal). Pues prendedlo.
SAID. Yo soy el Arraez; el que mandaba
no hace mucho esta nave; el que echó á pique

vuestro barco: aún se ve sangre en mis ropas
de los bravos que allí la defendían.
¿Por qué, pues, no venís, si yo me rindo?
Las manos sujetadme; os las entrego.
¿Qué, os detenéis? ¿Bogáis con rumbo á España
y todavía aliento? ¡Qué vergüenza!
Descuartizad mi cuerpo, y en el tope
colocad mi cabeza del trinquete:
que pueda yo mirar desde su altura
cómo los tiburones disputándose
van, girón á girón, mi carne odiada:
que os vea entrar en Barcelona, al viento
desplegadas las velas, y al corsario
maldiciendo con gritos de alegría.
(Se oyen los sollozos de Blanca).
Yo siguiéndoos iré con la mirada
hasta no poder más, porque los cuervos
me arranquen ya los ojos. ¡Amarradme!
(¡Blanca, Blanca! ¡Por qué te he conocido!)
(Carlos va á acometer á Sáid y se detiene: quiere mandar que le prendan y le paraliza la actitud de Blanca).

CARLOS. ¿Y que esto oiga con calma? ¡Calla, que eres
hipócrita y ruin y miserable!
¡Que te entregas, nos dices, porque encuentras,
cobarde, en ella un freno que nos para, (Por el puñal).
y nos befas, te burlas de nosotros!
(Sáid trueca su serenidad en rabia).

SAID. ¡Qué escucho! ¡Ira de Alá! ¡Mi sangre hierve:
aún me quedan las uñas: todavía
me puedo defender como una fiera.
(Tropieza con la mirada de Blanca y se rinde al influjo del amor).
No hagáis caso, mentí: tomad mi vida.

BLANCA. (¡Tiemblo!)

SAID. ¡Ferrán, lo pido con el alma!
(Con vehemencia).
Yo quiero que me maten.

CARLOS. ¡Dios te abisme!

SAID. ¿No me creen?
CARLOS. Que el puñal ella te entregue...
SAID. (Dándose cuenta de la situación).
Todo lo entiendo ya. (Con dulzura).
¡Señora! ¡Blanca!
BLANCA. ¡Oh, no!
SAID. Soy yo: un mendigo que la diestra
os tiende suplicante. Por limosna
dadme vuestro puñal.
BLANCA. ¡No!
SAID. Permitidme
que por vos muera.
BLANCA. ¡Viles! ¡Monstruos! Habla,
le oyen, y el corazón, como una roca,
ni se conmueve en ellos, ni vacila.
CARLOS. Ferrán: ¿y que esto escuche? ¿También ella
será fuerza que á Dios la sacrifique?
SAID. Cúmplase mi destino. ¿Quién defiende
á un jefe de piratas que la nave
les echa á fondo, y roba, y á venderlos
á Argel se los llevaba, para hacerse
con un puñado de oro? ¿Y vos, señora,
dabais por él la vida? ¡Él, que reniega
del Dios en quien creéis! Soy una víbora
que odio á todos, y á vos más aún que á todos:
¡y os llevara yo mismo por mis manos
á vender al bazar si fueseis mía!
FERRAN. (A Carlos con admiración).
¡Tiene gran corazón!
CARLOS. ¿Tú también?
BLANCA. ¡Padre:
mirad, está llorando!
SAID. ¿Yo? (¡Traidoras!)
(Por las lágrimas. Enjugándose los ojos, avergonzado de su debilidad).
BLANCA. ¡Oh! No escondáis la cara: que á esos hombres
ablande vuestro llanto; Ferrán, mira:
sólo las fieras al vencido acosan.

¿No hay aquí más que tigres?

CARLOS. (Como loco). ¡Oh! ¡Soldados,
justicia con los dos haced!

FERRAN. (¡Delira!)
(A los soldados).
¡Quietos todos!

CARLOS. Qué... ¿tú?

FERRAN. Yo le defiendo.
No puedo más, señor: el alma tiene
más noble que nosotros.

CARLOS. ¡Ah, cobardes!
¡Partidle el corazón! ¿No? ¡Bien! Yo mismo...
(Avanza para herir á Sáid, y al mismo tiempo le da un desvanecimiento y cae en brazos de Ferrán. Guillén acude á sostenerle).

TODOS. ¡Ah!

BLANCA. ¡Padre!

SAID. (¿Dónde estoy?)

FERRAN. La emoción; nada.
Que respire aire puro. Salid todos.
¡A ti, Blanca, por Dios, que no te vea!
(Se llevan á Carlos á cubierta entre Ferrán y Guillén: los soldados le siguen).

ESCENA IX

BLANCA y SÁID

BLANCA. (¡No puedo más!)

SAID. (Alá, te lo suplico;
un mundo dame que á sus piés yo ponga).

BLANCA. (¡Es tanto padecer morir cien veces!)

SAID. (Sí, sí; yo quiero hablar antes que vuelvan).
Señora, Blanca: perdonadme: os miro
sobre todas las cosas de este mundo.
Vos no nacísteis para mí en la tierra
como nacen los séres: los espacios
de que habéis descendido, son aquellos

que engendraron los sueños de mi infancia.
Al veros, al sentiros, con el aire
que movéis al pasar, toda mi vida,
mi sér, cuerpo y espíritu despiertan,
y que viven y mueren á par siento.
Y entre placer y pena, afán y angustias,
el aliento que dais busco y aspiro,
y en él me anego revolcando el alma.
Y en ola formidable—como aquellas
que del fondo del mar sacan las rocas
para lanzarlas contra el sol, la luna
y las estrellas—siento que una masa
de sangre, de suspiros y de besos,
rugidos de salvaje, ayes de gozo
y lágrimas, y quejas, y armonías
que arrancan al subir trozos de entrañas,
á mis labios acuden y aquí rompen
para deciros, Blanca, que yo os amo
aún más que vuestro Dios ama á sus ángeles;
más, mucho más que á sus hurís Mahoma;
más, en fin, que ama cuanto sér alienta;
cuanto ha existido ya y existir puede,
espíritu ó mortal en cielo y tierra.

BLANCA. (Cubriéndose el rostro con rubor).
¡Dios mío!

SAID. ¿La ofendí? ¡Lengua traidora!

BLANCA. ¡Oh! no, no: quiero oiros, quiero oiros:
pero dejad que cubra vuestro rostro.
(Tapándole la cara con las manos).

SAID. ¡Y vos me perdonáis! ¡Á mí!

BLANCA. (Creyendo oir ruido). ¡Son ellos!

SAID. No: no viene la muerte todavía.

BLANCA. ¿La muerte? Sí; se acerca.

SAID. Serenáos.

BLANCA. Venid, que os quiero ver; ya no me espanta
la claridad. ¿Quién sois? Dejad que os mire
hasta el fondo del alma por los ojos.
¿Quién sois? Hablad. ¿Qué día os vi y me visteis?

¿Cuándo eso que decís me lo habéis dicho,
que yo lo escuché ya de vuestros labios?
Antes de nacer, antes de esta vida,
ya amoroso, cual hoy, tal vez me hablábais.
No; no apartéis los ojos; quiero veros
por el tiempo, señor, que no os he visto.
¡Infeliz! Execrado, aborrecido
del mundo, y solo en él, ¡cuánta amargura
vuestra alma habrá apurado, allí metida,
dentro del pecho, en lucha con las ansias
de volar cual la mía, y siempre, siempre
entre rejas rompiéndose las alas!
Mas no quiero que os maten, mi existencia
está en la vuestra ya. Si en vez de flores,
sierpes nos ligan, Sáid, ¿qué nos importa?
Benditas esas sierpes que nos unen.

SAID. ¡Qué tarde habéis llegado! De la vida
crucé el camino solo, y os encuentro
ya en el término de él, junto á una tumba.

BLANCA. No; no habléis de morir cuando parece
que por todo mi sér la vida brota.
Yo no os quiero perder. ¡Dios mío! ¡Sálvanos!

SAID. ¡Ira de Alá! Que vuelvan; los espero;
yo su pecho abriré; yo sus entrañas
estamparé en los muros. ¡Tigres! ¡Rezan
teniendo de odio el corazón repleto!
¡Basta de humillación; que vengan todos!
Matando moriré; ¡me ahoga la sangre!

BLANCA. (Dulcificando su enojo).
¡Sáid!

SAID. (Transición brusca).
¡Blanca, perdón; soy vuestro esclavo;
la paloma que humilde os obedece!
¿Queréis verme á los pies de vuestro padre?
¿Besar la tierra que sus plantas pise?

BLANCA. De él no me separéis. ¡Señor, salvadlo!

SAID. No es posible; en el mundo en que vivimos
formáis el cielo vos, yo soy el agua.

(Llevándola á la porta).
Y aquí, ved, no se juntan; sólo se unen
allá, en el horizonte que se apaga.

ESCENA X

BLANCA, SÁID y FERRÁN

Blanca. ¡Ya vienen! ¡Ah!
Ferran. (Bajando rápidamente). Soy yo.
Blanca. (Queriendo hacerle retroceder). ¡No!
Ferrn. Blanca, escucha.
Y vos: vengo á salvaros.
Said. No á mí, á ella.
El morir no me importa. ¿A qué la vida?
Blanca. ¡Ferrán!
Ferran. (Aparte á ella). No digas nada, lo sé todo.
Tu dicha está sobre mi amor de niño.
Tú le amas, él es bueno; acaso puedas
regenerarle aún. Yo muy gustoso
por ti me sacrifico... y en fin, quiero
salvarle, y se acabó.
Blanca. ¡Gracias, oh, gracias!
Ferran. Tu padre ansía su muerte; pero todo
previsto está. Sáid: en esta nave
me obedecen algunos todavía.
Ya hice arriar un bote por la popa;
es de noche; está el cielo encapotado;
yo, desde arriba, impediré que vuelvan.
Vos, sin perder momento, por la porta
os descolgáis, y al agua. Ya en el bote,
desamarrad el cabo, mano al remo,
y en Argel con el alba. (A Blanca). Tú no temas,
que te ama Sáid y volverá á buscarte.
Blanca. Pero...
Ferran. Van á venir. ¡Pronto! (A Blanca). ¡A Dios pide
que no salga la luna! ¡Andad!
Said. (Conmovido). ¡Los brazos
no me neguéis, señor!

FERRAN. (Abrazándole). ¡Ellos y el alma!
BLANCA. ¡Ferrán!
SAID. Gracias.
FERRAN. Adiós. (Aparte, al irse).
(¡No estoy llorando!)

ESCENA XI

BLANCA y SÁID. Toda esta escena rápida.

BLANCA. Huid, Sáid.
SAID. ¿Huir?
BLANCA. Esa ventana
da á la vida: ¡salváos!
SAID. ¡Ah! ¡Dejadme
que muera junto á vos; que un hilo bese
de vuestras ropas al cerrar los ojos!
Dadme el puñal; sin vos también, señora,
moriré solo y lejos de tristeza.
BLANCA. No: quiero que viváis. ¿No oís? Lo quiero.
Confío en vos, Sáid, y á todas horas
os estaré esperando. (Creyendo oir ruido).
Huid.
SAID. ¿Vos, Blanca,
me lo ordenáis?
BLANCA. (Siempre temerosa). Sí; pronto.
SAID. Os obedezco.
Yo iré hasta el corazón de vuestra España,
si es fuerza, de rodillas, á buscaros
para ser vuestro y por doquier seguiros
con el culto de un niño por su madre.
BLANCA. (Rompiendo á llorar).
¡Idos, por caridad!
SAID. ¡Bajel que fuiste
mi orgullo y mi ambición; jaula de fiera;
carcoma de mi sér embrutecido:
guárdame á esta mujer, sé tú su templo!
BLANCA. ¡Pero me hacéis morir!
SAID. ¡Sea!

BLANCA. ¡Adiós!
SAID. ¡Blanca!
¡vuestra mano!
BLANCA. ¡Sáid!
SAID. (Besándosela). ¡La que quería
matarme y me ha salvado!
BLANCA. ¡Es vuestra, vuestra!
SAID. ¡Ese puñal al agua! Tiemblo al verlo
sobre vos.
BLANCA. (Arrojándolo por la porta).
Ya está. ¡Pronto!
SAID. ¡Si me arrancan
la vida!
BLANCA. ¿Volveréis?
SAID. Sí: yo os lo juro;
hasta vendrá, si muero, mi cadáver.
BLANCA. ¡Adiós!
SAID. ¡Adiós!
BLANCA. Llamadme de la tierra,
del mar, del paraíso ó del abismo.
Yo os seguiré gritando: ¡Vuestra! ¡vuestra!
(Se oye rumor en lo alto de la escala y se separan).
SAID. (Desde la porta, en voz baja).
Hasta mañana.
BLANCA. (También muy quedo).
¡Adiós!
SAID. ¡Blanca!
(Volviendo precipitadamente y besándola en la boca).
BLANCA. ¡Sáid!
SAID. (Otra vez en la porta). ¡Blanca!

ESCENA XII

DICHOS y CARLOS; luego, FERRÁN, JUAN, GUILLÉN y ROQUE. Soldados y marineros. Sáid se ha cogido á la cuerda y se halla fuera de la porta. Carlos ha bajado un solo escalón y se detiene.

CARLOS. ¿En dónde está ese vil?
BLANCA. Vuelven: no hay tiempo.

CARLOS. ¡Morirá!

(Sale la luna é ilumina de lleno á Sáid, que aún deja ver medio cuerpo por la porta).

BLANCA. ¡Padre!

CARLOS. ¡Quita! ¡Yo le mato!

(Carlos baja otro escalón y dispara sobre Sáid en el momento en que Blanca, conociendo la intención de su padre, se pone delante para resguardarlo con su cuerpo, y recibe la bala, cayendo herida).

BLANCA. ¡Ah!

SAID. ¡Es ella á quien matáis!

(Volviendo á subir para impedir que caiga Blanca, á quien recoge en sus brazos y no abandona hasta que los dos desaparecen).

BLANCA. ¡Ah, padre!

CARLOS. ¡Blanca!

FERRAN. ¡Qué horror!

(Apareciendo con los otros al pie de la escala).

SAID. ¿La abandonáis?... ¡La tomo! ¡Es mía!

CARLOS. (Llegando al medio de la escena con los demás).
¡Hija!

SAID. (Asiéndola convulsivamente).
¡Abrázame, esposa; á morir juntos!
¡Al mar!

BLANCA. ¡Al cielo!

(Se arrojan al mar abrazados; Carlos cae de rodillas, Ferrán corre á mirar por la porta).

FERRAN. ¡Al fondo!

CARLOS. ¡Oh, Dios!

FERRAN. ¡Ni rastro!

(Volviendo á la escena sobrecogido de espanto. Telón rápido).

FIN DE LA TRAGEDIA

OBRAS DE DON ENRIQUE GASPAR

Corregir al que yerra, comedia en un acto, original y en verso.

El onceno, no estorbar, comedia en un acto, original y en verso.

La escala del matrimonio, comedia en tres actos, original y en verso.

Candidito, (Tercera edición), comedia en un acto y en verso.

No lo quiero saber, (Segunda edición), comedia en un acto y en verso.

¡Pobres mujeres! (Quinta edición), comedia en un acto, original y en verso

El piano parlante, comedia en tres actos, original y en verso.

El sueño de un soltero, comedia en un acto, original y en verso.

Moneda corriente, comedia en tres actos, original y en verso.

Cuestión de forma, comedia en tres actos, original y en verso.

El jugador de manos, comedia en tres actos, arreglada del francés.

Las circunstancias, comedia en tres actos y en prosa, original.

La chismosa, comedia en tres actos, original y en verso.

La levita, (Cuarta edición), comedia en tres actos, en prosa, original.

Don Ramón y el señor Ramón, comedia en tres actos, en prosa, original.

La Can-canomanía, sátira en un acto.

Los niños grandes, comedia en tres actos, en prosa, original.

El estómago, comedia en tres actos, en prosa, original.

Atila, drama en tres actos, en verso, original.

El oso proscripto, comedia en tres actos, en prosa, original.

La Nodriza, comedia en dos actos, en prosa, original.

Las sábanas del cura, boceto en un acto, en prosa, original.

La resurrección de Lázaro, juguete cómico en dos actos, y en prosa.

Administración pública, boceto en tres actos y en verso.

Problema, comedia en tres actos, en prosa.

Amor y arte, drama en tres actos, en prosa.

La lengua, comedia en tres actos, en prosa.

La gran comedia, comedia en tres actos, y en prosa.

Las luchadoras, buñuelo en un acto, y en prosa, arreglado del francés.

Lola, comedia en tres actos y en prosa.

Las personas decentes, comedia original, en tres actos y en prosa.

Serafina la devota, comedia en cuatro actos, y en prosa, arreglada del francés.

La estatua ecuestre, boceto en un acto y en verso.

Mar y cielo, tragedia en tres actos, traducida del catalán.

El haba de san Ignacio, comedia en tres actos y en prosa.

Judit de Welp, tragedia en tres actos, traducida del catalán.

La huelga de hijos, comedia en tres actos y en prosa, original.

La casa de baños, comedia en dos actos y en prosa, original.

La eterna cuestión, esbozo dramático en tres actos y en prosa, original.

La rebaja del tío Paco, boceto en un acto y en verso, original.

La cola de paja, comedia en dos actos y en prosa, arreglada del francés.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los Corresponsales de esta Galería ó acudiendo al EDITOR, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los Libreros ó Agentes.